

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA DEVOCIÓN A MARÍA
EN ALGUNOS SANTOS**

S. MILLÁN DE LA COGOLLA - 2018

LA DEVOCIÓN A MARÍA EN ALGUNOS SANTOS

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN DE LA COGOLLA - 2018

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Santa Clara de Asís.
Santa Liduvina.
Santa Teresa de Jesús.
San Alonso de Orozco.
San Juan de la Cruz.
Santa Rosa de Lima.
San Lorenzo de Brindis.
Beata Sor Ana de San Bartolomé.
San Martín de Porres.
San Juan Macías.
Santa Margarita María de Alacoque.
Beata Inés de Benigánim.
Venerable Benita Rencurel.
Beato Bernardo de Hoyos.
Santa Francisca de las cinco llagas.
El santo cura de Ars.
Santa Micaela del Santísimo Sacramento.
San Antonio María Claret.
Santa Catalina Labouré.
Santa Gema Galgani.
Venerable Ángeles Sorazu.
Sor Josefa Menéndez.
Padre Eduardo Lamy.
San Andrés Bessette.
Santa Faustina Kowalska.
Eduviges Carboni.
Sor Mónica de Jesús.
San Pío de Pietrelcina.
San Josemaría Escrivá de Balaguer.
Marta Robin.
Beata Madre Esperanza.
Apariciones de Lourdes y Fátima.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos exponer el amor a María de algunos santos. Por supuesto que todos los santos sin excepción han sido devotos de María y todos la han amado con fervor de hijos.

Hemos escogido algunos de ellos, sin que esto quiera decir que sean los más amantes de María. Solo son una muestra en la que otros muchos podrían también figurar. Lo importante es que podamos hacernos una idea del gran amor que todos los santos han tenido a María y que nosotros los imitemos en este amor para que por medio de María podamos ir más rápido, más fácil y más seguros a amar a Jesús, nuestro Dios y Señor, presente entre nosotros como un amigo cercano en el sacramento de la Eucaristía.

Ojalá que María sea para nosotros una madre a quien acudir en los momentos difíciles de la vida. Ella nos espera y desea ayudarnos a nosotros sus hijos. No nos perdamos tantas bendiciones que Dios quiere darnos por medio de María, si la invocamos con fe y amor.

Decía san Anselmo (1034-1109): *De María puedes decir lo que quieras con tal de no decir que es Dios y te quedarás corto. Es imposible que se pierda un verdadero devoto de María* (Orat 52; PL 158, 956). Y san Buenaventura (1221-1274): *Dios no podía hacer cosa más grande que María. Podría hacer un mundo más grande, podría hacer un cielo más grande, pero no podía haber hecho una madre más grande que María. Yo jamás vi a ningún santo que no fuera devoto de María.*

SANTA CLARA DE ASÍS (1194-1253)

Su amor a María fue extraordinario y tuvo la gracia de verla en repetidas ocasiones, especialmente antes de morir. Sor Bienvenida manifestó en el Proceso que un día estaba reflexionando sobre la maravillosa santidad de santa Clara y le parecía que toda la corte celestial se ponía en movimiento y se preparaba para honrarla, especialmente la Virgen María. *Y mientras esta testigo se entretenía, pensando e imaginando esto, vio de pronto, con los ojos de su cuerpo, una gran multitud de vírgenes, vestidas de blanco, con coronas sobre sus cabezas, que se acercaban y entraban por la puerta de la habitación en que yacía la Madre santa Clara. Y en medio de estas vírgenes había una más alta, por encima de lo que se puede decir, bellísima entre todas las otras, la cual tenía en la cabeza una corona mayor que las demás. Y sobre la corona tenía una bola de oro, a modo de un incensario, del que salía tal resplandor que parecía iluminar toda la casa.*

Y las vírgenes se acercaron al lecho de la madonna santa Clara. Y la que parecía más alta, la cubrió primero en el lecho con una tela finísima, tan fina que por su sutileza se veía a madonna Clara, aun estando cubierta con ella. Luego la Virgen de las vírgenes, la más alta, inclinó su rostro sobre el rostro de la virgen santa Clara o quizás sobre su pecho, pues esta testigo no pudo distinguir bien, si sobre uno o sobre el otro. Hecho esto, desaparecieron todas. La testigo estaba despierta y bien despierta ¹.

SANTA LIDUVINA (1380-1433)

El amor de Liduvina a la Virgen María era extraordinario, más de lo que se puede pensar humanamente. La imagen de la Virgen que había en la parroquia de Schiedam, era para ella un tesoro.

Esa imagen había sido traída a Schiedam por el mismo escultor que la había hecho. Esto había sucedido poco tiempo antes del nacimiento de Liduvina. El escultor era un extranjero, que había fabricado la imagen en madera y la llevaba a venderla a Amberes, donde se iba a celebrar la fiesta de la Asunción de María, que concentraba a mucha gente, por lo que sería fácil encontrar comprador. El barco en que viajaba hizo escala en Schiedam y, a la hora de partir, fue imposible hacerlo, por más esfuerzos que hicieron los marineros. Entonces se pasó la voz y concurrió mucha gente. Todos decían que querían que se quedara con ellos la Virgen. Le ofrecieron dinero al escultor y él aceptó el precio. A continuación el barco pudo partir sin ninguna dificultad, lo que fue

¹ Omaechevarria Ignacio, *Escritos de Santa Clara y documentos complementarios*, BAC, Madrid, 1999, p. 102.

tenido como un milagro y una clara manifestación de que la Virgen quería quedarse para siempre entre ellos.

Para acompañarla a la iglesia, se formó una procesión improvisada y la imagen fue llevada entre aplausos y ovaciones, agradecidos todos ante semejante milagro y regalo que Dios les hacía.

En la parroquia se formó una cofradía que organizaba cada año su fiesta y por las tardes le cantaban las letanías y la *Salve Regina*.

Cuando el incendio quemó la iglesia y el convento contiguo en 1428, la imagen quedó indemne y, mientras reparaban la iglesia, la llevaron a la casa de Liduvina. ¡Cuántas miradas de amor pudo así dirigirle y cuántas muestras de amor de su parte! Era la imagen que le había sonreído siendo niña. Su felicidad duró poco, ya que el 18 de noviembre de ese año 1428 la iglesia estaba reparada y regresaron allí a la imagen bendita.

Al poco tiempo el ángel la llevó al cielo y le salió al encuentro la Virgen María. Le dijo: “¿Cómo has venido sin velo con la cabeza descubierta?”. Ella respondió: “Así me ha traído mi guía, el ángel”. La Virgen, después de hablar familiarmente con ella, le prestó un velo. Ella no quería tomarlo, pero el ángel le dijo: “Tómalo y ponlo sobre tu cabeza, porque sólo por siete horas podrá estar en la tierra. Entrégalo al confesor para que lo ponga en la cabeza de la imagen de la Virgen de la iglesia”. El velo era hermoso y exhalaba un perfume suavísimo y agradable. Antes de que se cumplieran las siete horas, mandó llamar al confesor para que se lo pusiera a la imagen. Después vino el ángel y se llevó el velo al cielo ².

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

Después de la Santísima Trinidad y de Jesús, la Virgen María ocupaba el lugar principal. Ella nos refiere varios casos en los que se le apareció y la ayudó como buena madre. Su amor fue creciendo desde que, cuando tenía doce años, se consagró a Ella. Nos dice: *Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuése mi madre, con muchas lágrimas, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella ³.*

² Vita prior de Brugman, pp. 69-71.

³ Vida 1, 7.

En mayo o junio de 1561, estando en la capilla del Santísimo Cristo de la iglesia de Santo Tomás de los padres dominicos de Ávila, vio a María en todo su esplendor. Escribe: *Estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Vinome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme y aun paréceme que no pude ver alzar (la elevación) ni oír misa, que después quedé con escrúpulo de esto. Parecióme, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad. Al principio no veía quién me la vestía; después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso san José, que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, porque ellos nos guardarían, y que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras, que para señal que sería esto verdad me daba aquella joya.*

Parecióme haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor; no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven. Parecióme Nuestra Señora muy niña ⁴.

Un día de la Asunción de la Reina de los ángeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced: que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y la alegría y solemnidad con que fue recibida y el lugar adonde está. Decir cómo fue esto, yo no sabría. Fue grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes afectos, y aprovechéme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme gran deseo de servir a esta Señora, pues tanto mereció ⁵.

Otra vez, estando todas en el coro en oración después de Completas, vi a Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía

⁴ Vida 33, 14-15.

⁵ Vida 39, 26.

ampararnos a todas. Entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las de esta casa ⁶.

Era muy devota de rezar el rosario a Nuestra Señora desde que era muy niña y, en lo último de su vida, algunos años antes que Dios la llevase, sabe esta declarante (su sobrina Teresa de Jesús) como testigo de vista, que por enfermedad que tuviese ni ocupaciones, que no dejara por ninguna cosa de rezarlo y buscar tiempo para esto, aunque fuese a las doce o a la una de la noche, antes que diese ningún sueño a su santo cuerpo ⁷.

SAN ALONSO DE OROZCO (1500-1591)

Fray Francisco de Mondéjar contó a este testigo que un día estuvo acechando en la celda del siervo de Dios y oyó que estaba hablando con Nuestra Señora y Nuestra Señora con él, y le contó el dicho padre Fray Francisco de Mondéjar que fray Alonso de Orozco cantaba de noche y tañía en un manicordio que tenía y se veía la celda llena de luz y de resplandores, y que salía un olor fuertísimo como de cosa del cielo ⁸.

A este testigo le dijo el padre Hernando de Rojas, que fue confesor del siervo de Dios, que en la misa había visto muchas veces a Dios encarnado en la hostia en lo cual se echaba de ver la devoción tan grande que debía tener al Santísimo Sacramento, siendo devotísimo de la Santísima Virgen... En su última enfermedad, el padre Orozco pidió al padre fray Hernando de Rojas que le trajese el Santísimo Sacramento para adorar y, después de haberlo adorado y devuelto al altar, se volvió el siervo de Dios a la pared y empezó a dar grandes carcajadas de risa, lleno de suma e incomparable alegría. Y como le dijese Doña María de Aragón: “Padre Orozco, ¡qué alegrías son esas!”. Le respondió: “Estoy aquí con una Señora más linda que vuestra Merced”. Y ella dijo: “¿Y no la podríamos ver?”. Y contestó: “Sus devotos la verán”. Lo cual pasó delante de este testigo ⁹.

Estando en su última enfermedad... el siervo de Dios empezó a llamar a Nuestra Señora, la cual se le apareció y empezó a hablar con ella con grandísima humildad y, como durase casi una hora este coloquio, la señora Doña María de Aragón le dijo: “Padre, quiere vuestra paternidad tomar una friolera (alguna cosita)”. Pero el siervo de Dios respondió: “Ay, señora, ¡qué

⁶ Vida 36, 24.

⁷ *Relaciones espirituales*, tomo II, Monte Carmelo, 1915, p. 336.

⁸ Juan de Hita, *Información plenaria*, p. 558.

⁹ Fray Juan de Medina, *Información plenaria*, p. 522.

buenas cosas ha comido quien ha visto a la Madre de Dios y ha estado hablando con ella!”¹⁰.

Doña Juana de Otaola declara: *El padre de esta testigo estaba enfermo de la enfermedad que murió. El siervo fray Alonso de Orozco lo visitó muchas veces, porque era su confesor y por la mucha y grande amistad que con él tenía. La última vez, que vino a verlo, lo consoló muchísimo y pidió a todos que no llorasen, porque la Virgen, Madre de Nuestro Señor con muchos ángeles, le estaba esperando. Y después se fue el dicho siervo de Dios.*

Pero como Isabel, la esposa del enfermo, diese un suspiro muy grande, el enfermo le dijo: “No llores, hermana, y mira que Nuestra Señora, con todos estos ángeles están aquí esperándome. ¿No los ves que están aquí alrededor de mi cama?”. Y después de un cuarto de hora dio su alma a Dios y quedó el cuerpo del difunto con gran hermosura... Y todos alababan mucho a Nuestro Señor por tan señalada merced y pregonaban la santidad del siervo de Dios y la gran devoción que con Nuestra Señora tenía, pues que la vio y dijo cómo ella, siendo Madre de Dios, estaba allí presente para acompañar con los ángeles aquella alma¹¹.

El padre Hernando de Rojas certifica que, estando el santo en el convento de Sevilla, después de oír la voz de la Virgen que le decía: *Alonso, vencidos van*, para indicarle que los demonios huían vencidos y que se acababan tantos años de pruebas y tentaciones, *entonces se le apareció Nuestra Señora en figura de una doncella muy hermosa y con unos ojos lindísimos y con ellos le robó el alma. Y me dijo, contándome a mí este caso, que eran tan lindos los ojos que nunca los pintores aciertan a pintarlos como ellos eran y que, si él fuera pintor, piensa que acertaría a pintarlos como ellos eran, y esta Señora lo consoló¹².*

Y, como un resumen de su devoción a María, escribió: *Aceptad mi experiencia, hermanos: Nadie puede encontrar a Cristo sin la intercesión de su Madre. Ella es Reina de los cielos, Señora de los ángeles, Madre de la misericordia. Abogada de todos los pecadores. En cualquier situación que os encontréis, en la angustia, en la tristeza, invocad a María. Es un astro muy refulgente, colocado en lo alto de los cielos. Cualquier navegante que se vea en medio de las olas temerosas de este mar o entre los escollos del mundo, fije sus ojos en María. De otro modo, necesariamente naufragará¹³.*

¹⁰ Padre Juan de Herrera, Información plenaria, p. 242.

¹¹ Información plenaria, p. 203.

¹² Hernando de Rojas, *Relación de la vida*, p. 88.

¹³ Orcasitas Miguel Ángel, *San Alonso de Orozco, un toledano universal*, Ed. Escorialenses, Toledo, 2003, p. 119.

SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591)

Desde muy niño tenía mucha devoción a la Virgen María, especialmente desde que fue salvado por ella en dos oportunidades. Cuando cayó en la laguna de su pueblo, se le apareció la Virgen *muy hermosa y resplandeciente en el aire, que entendió ser la Reina de los ángeles, María Nuestra Señora* ¹⁴.

También en Medina del Campo cayó a un pozo del hospital y él mismo le dijo al padre Inocencio de San Andrés que, *cuando cayó, se hundió hasta el suelo y se le apareció Nuestra Señora y le asió de la mano y lo subió a la superficie o alto del agua y estuvo con ella como si estuviera sobre alguna tabla* ¹⁵.

Quiso entrar de religioso en la Orden del Carmen por amor a María y quiso durante toda su vida honrarla especialmente en sus fiestas.

Según la declaración de sor Francisca de la Madre de Dios, *amaba mucho a la Virgen María, de modo que, dondequiera que la veía pintada le daba gran consuelo el mirarla y se acordaba de cuando la había visto en el pozo y se regalaba en mirarla con que le crecía más el amor, viendo el cuidado con que le hacía el oficio de madre* ¹⁶.

El padre Jerónimo de la Cruz manifestó: *En la fiesta del santísimo nacimiento de Cristo era de admiración ver las palabras y acciones y modos que inventaba; y la devoción y ternura con que la celebraba y hacía la celebrasen los demás religiosos a solas. Porque era de ver cómo después de anochecido, llevando a la Madre de Dios en andas, iban todos los religiosos acompañándola y hacían sus pausas en algunas partes del claustro, pidiendo posada para la Virgen, que venía de camino, teniendo en estos puestos religiosos que respondían como huéspedes. Y con esta representación de lo pasado y con las tiernas palabras y levantados sentimientos que sobre aquello decía, causaba en todos devoción. Y este testigo dice de sí que de oírle decir las partes de la doncella para quien pedía la posada y cómo venía preñada del Hijo de Dios y otras cosas, le avivaba la fe de este misterio y le causaba ternura y devoción* ¹⁷.

El padre Martín de la Asunción asegura que *todas sus pláticas y conversaciones eran tratar del Santísimo Sacramento y de la Virgen María*

¹⁴ Declaración del padre Luis de San Ángel; Proceso apostólico, tomo IV, de 1627-1628, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1992, p. 375.

¹⁵ Manuscrito 8.568, fol 543 de la Biblioteca nacional de Madrid.

¹⁶ PO (Proceso ordinario), tomo V, p. 167.

¹⁷ Declaración del padre Jerónimo de la Cruz; PO III, pp. 55-56.

Nuestra Señora ¹⁸. Todos los días rezaba el Oficio de Nuestra Señora de rodillas¹⁹. Y le gustaba cantar por los caminos himnos a la Virgen ²⁰. En su celda sólo tenía una cruz, el breviario, la Biblia y una imagen de la Virgen María.

SANTA ROSA DE LIMA (1586-1617)

La Virgen María fue, después de Jesús Eucaristía, el gran amor de Rosa. Su padrino el contador don Gonzalo relata: *La bendita Rosa de santa María tenía singularísima devoción con la serenísima Virgen Nuestra Señora, como este testigo lo experimentó en muchas ocasiones en que la vio con particulares fervores de aclamaciones y alabanzas, con muy especial dulcedumbre de palabras y demostraciones de agradecimiento de las mercedes y favores que recibía de la soberana Reina, así en su capilla del Rosario del convento de Santo Domingo, donde sabe este testigo que se estaba días enteros en oración, como en la iglesia de la Compañía de Jesús con una santa imagen de la soberana Reina que está en el altar mayor, de donde este testigo le vio venir algunas veces con manifiestos fervores y gozos demostradores de las dichas misericordias* ²¹.

La bendita Rosa tenía particular devoción y lo mostraba a una imagen de Nuestra Señora con el niño dormido que esta testigo (María de Uzátegui) tiene en su oratorio. Y preguntándole esta testigo qué era lo que le pasaba con la dicha imagen, le dijo que muchas cosas, porque le hacía particulares regalos y mercedes y señaladamente un día, estando en el oratorio esta testigo y otras dos amigas con la dicha bendita Rosa y refiriendo esta testigo algunos milagros de Nuestra Señora de Atocha, la dicha bendita Rosa le dijo: “Diga, madre mía, muchos de esos milagros”.

Cuando después se hallaron las dos a solas, esta testigo le preguntó que le dijese por qué había dicho aquello y ella le dijo que, cuando estaba esta testigo contando aquellos milagros, aquella santa imagen estaba muy alegre y le parecía que era corpórea según el afecto que mostraba y parecía que se salía del marco con ser pintura en lienzo y que tenía los ojos tan alegres que le parecía los meneaba y que, como ella veía aquellas cosas tan grandiosas en aquella santa imagen, dijo a esta testigo que contase más milagros. Le refirió que recibió grandes regalos (de la imagen de Nuestra Señora del Rosario que está en Santo Domingo) mostrándose, cuando le estaba pidiendo algo, con gran gozo y alegría en su rostro como que le placía aquello que le pedía. Y el Niño Jesús que tiene

¹⁸ PO V, p. 85.

¹⁹ Ib. p. 84.

²⁰ Ib. p. 88.

²¹ Proceso (Primer Proceso de canonización de santa Rosa de Lima), 1617-1618, Lima, 2002, p. 69.

en sus brazos hacía lo mismo. De manera que, cuando esta testigo le decía que pidiese alguna cosa para alguna necesidad y le aseguraba diciéndole: “Sí, madre, bien se hará, bien sucederá”, esta testigo le decía que cómo lo sabía, y le respondía que era en ver el rostro alegre a la Reina del cielo y al Niño Jesús, que era por donde ella entendía que le concedían lo que ella pedía ²².

El padre Pedro de Loaysa asegura: *Fueron infinitas las mercedes que recibió de la imagen santa de Nuestra Señora del Rosario que está en el convento de nuestro padre santo Domingo y tantas que no se pueden bien decir. Una vez, viendo las disensiones que traían los padres de su Orden, a instancia de su padre confesor, se puso delante de la santa imagen y halló los rostros de Madre e Hijo muy enojados, como manifestando que las culpas eran graves y estaban justamente indignados. Y, continuando algunos días en su oración, al fin un día halló a Nuestro Señor aplacado y a su Madre santísima. Y llamando a su confesor, por cuya instancia había hecho oración, le dijo: “Padre de mi alma, ¡qué enojado han tenido a Dios esas personas, muy enojado ha estado, pero ya su divina Majestad ha sido servido de aplacarse por intercesión de la Madre santísima!...*

Y siguió diciendo al padre Loaysa, su confesor: *Un día, vine a esta capilla del Rosario de Nuestra Señora, me puse en oración y pedí con grandísima instancia a Nuestra Señora que alcanzase remedio de su Hijo en esta necesidad y aplacase a su Hijo si estaba enojado. Alcé los ojos a ver aquella santísima imagen y la vi afligidísima y llorando de manera que tenía los párpados de llorar tan grandes y gruesos como un canto de un real de a ocho. El niño, que en los brazos tenía, estaba con un rostro airado y enojado. Rogábale la Madre que se aplacase y el niño no quería. Volví a casa desconsoladísima y, volviendo otro día a la capilla e instando en la misma oración, alcé los ojos a la santa imagen y hallé el rostro alegre y risueño y apacible. Volví al niño y lo vi desenojado como antes solía estar”* ²³.

Cuando los pechelings (corsarios holandeses) entraron al Callao el año pasado de 1615 por el mes de julio, estando ella en oración en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, vio que la santa imagen de la Madre de Dios estaba como ahilada (desfallecida) y afligida, con lo que ella entendió que la ira de Dios venía sobre esta ciudad. Después..., el mismo día u otro, se le mostró la santa imagen muy serena y como alegre, con que entendió que el Señor alzaba el cuchillo de su ira para no castigar esta ciudad ²⁴.

²² Proceso, pp. 115-116.

²³ Pedro de Loaysa, *Vida de santa Rosa de Lima*, Lima, 1937, pp. 65-66.

²⁴ Proceso, p. 334.

Su madre recuerda que Rosa le dijo: *“Si vienen, madre mía, me tengo que subir al altar mayor, donde está el Señor descubierto (expuesto) y con este rosario los tengo que rendir a todos”*. Y esto lo decía con gran fervor. Y riéndose esta testigo, le respondió: *“No se ría, madre mía, vuestra merced verá cómo con este rosario de la Madre de Dios, los tengo que rendir a todos”*²⁵.

La Virgen María era para ella como una madre cercana y cariñosa que hasta la despertaba por la mañana. Los confesores le habían obligado a acostarse desde las doce de la noche hasta las cuatro de la mañana, porque no podía dormir.

*Y un poco antes de que sonase la campana de las cuatro, le venía a recordar la Santísima Reina y le decía estas palabras: “Hija, ya es hora, levántate a orar”. Y, una vez, estaba tan dormida, porque hacía poco que le había venido el sueño, que se volvió a dormir y la volvió a llamar diciéndole: “Hija, mira que ya es hora”. Todas las demás veces había visto a la soberana Reina en visión imaginaria rostro a rostro y, en la que la había llamado segunda vez, había sido por las espaldas como que se iba*²⁶.

Su hermano Hernando la veía frecuentemente rezar el rosario. Y manifiesta: *Traía continuamente un rosario pequeñito de cuentas menudas en la mano, atravesado desde la muñeca a los dedos por debajo de la palma de la mano, y lo que se descubría del rosario, que era lo que daba sobre la muñeca y cuello de la mano, lo cubría con la manga. Y con este rosario andaba rezando todas las tantas veces que salía de su celda tan disimuladamente que, aunque estuviesen delante algunas personas, no lo echaban de ver y, aunque estuviese ocupada en cosas de ejercicios o en alguna compañía de amigas o devotas suyas, todas las horas y momentos rezaba en aquel rosario con gran disimulación*²⁷.

El rosario era para ella una de sus oraciones favoritas. En aquellos tiempos en muchas familias católicas de Lima se rezaba el rosario en familia y se leían vidas de santos.

²⁵ Proceso, p. 384.

²⁶ Don Gonzalo de la Maza, Proceso, p. 64.

²⁷ Proceso, p. 526.

SAN LORENZO DE BRINDIS (1559-1619)

El padre Luis de Venecia certifica que una vez, *Lorenzo de Brindis en un monasterio de la Orden capuchina donde yo estaba, dio a entender que había aprendido toda la ciencia que tenía, milagrosamente de la gloriosa Virgen María*²⁸.

El padre Alberto de Rollini nos asegura: *El padre Lorenzo era devotísimo de la Virgen santísima y, cuando estuve en Alemania, muchos religiosos nuestros me dijeron que, mientras el padre celebraba la misa en la capilla debajo del coro de nuestro convento de Praga, una imagen de relieve de la Virgen le habló*²⁹.

Cuando escribía cartas terminaba con estas palabras: *Nos cum prole pia benedicat Virgo María* (que la Virgen María nos bendiga con su hijo Jesús). Cuando bendecía a los enfermos con la señal de la cruz, decía: Por la señal de la cruz y por el santo nombre de Jesús y de María, te libere Dios.

En las tentaciones de impureza aconsejaba acudir a Dios y a la Virgen María y decir: *Por la purísima virginidad de Jesús y de María, librame, Señor, del espíritu de fornicación*³⁰.

El padre Patricio de Venecia nos dice que *el padre, cuando llamaba a alguien, le decía Ave María y, cuando respondía, decía también Ave María*³¹.

*Deseando que muchos fueran devotos de la Virgen María les contaba que en el noviciado era muy delicado de salud y, a pesar de esto, empezó a ayunar los sábados en honor de la Virgen. Así comenzó también a mejorar y engordar. Pero después, aflojando en esta devoción por consejo de un Superior, que, compadeciéndose de su poca edad y vacilante salud, temía le hiciese daño, entonces volvió a su primera debilidad y flaqueza. Rogó a su Superior que le dejase volver a sus ayunos y, con esta sola medicina, mejoró en la salud perdida*³².

Acostumbraba hacer oración delante de una imagen de la Virgen pintada en una capilla de la iglesia de los capuchinos del lugar. Una vez, estando en oración, prorrumpió de improviso en llanto. Acudieron los religiosos y,

²⁸ Sumario de la Positio super virtutibus, p. 36.

²⁹ Sum (Sumario), p. 261.

³⁰ Sum p. 114.

³¹ Sum p. 62.

³² Buenaventura de Cocaleo, *Resumen histórico de la vida, virtudes y milagros del beato Lorenzo de Brindis*, Valencia, 1784, p. 186.

hallándolo en un mar de lágrimas, le preguntaron por el motivo del llanto, pero él no les quiso responder. Al día siguiente, el Superior le insistió en que le dijera la causa y él respondió que la Virgen lo había curado del grave y peligroso mal del pecho, que había padecido desde joven ³³.

El padre Juan María de Monteforte refiere: *Cuanto más adelantaba en edad, tanto más crecía en esta devoción y afición; y quedó reducido a tal término en los últimos años de su vida que inmediatamente que oía hablar de Dios o de su Madre, de repente quedaba como fuera de sí; abstraído de tal modo, que por más que los personajes con quienes trataba fuesen grandes, por ningún modo podía atenderlos, y se quedaba cuartos de hora enteros absorto y abstraído. Y yo me he hallado presente a esto muchas veces, y lo he visto y observado todo: yo he oído a muchas de estas personas, como es el señor duque Doria, algunos nobles venecianos y otros, que hallándose en varias ocasiones con el padre, y sucediendo lo que acabamos de decir, entonces dichas personas santamente quejosas se decían: “Nosotros hemos perdido la conversación con el padre, ya está todo absorto en Dios y en la santísima Virgen”* ³⁴.

BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ (1550-1626)

Mucha era su devoción y amor a la Virgen María desde muy niña. Su secretaria sor Clara de la Cruz refiere: *Fue muy devota de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en cuyo honor rezaba el rosario todos los días, y de la que consiguió muchos y grandes beneficios. Y decía que había oído estas palabras de la boca de la Santísima Virgen María: “Yo te llevaré a mi casa”. Y esto fue cuando la Virgen, en una visión, le señaló el monasterio de Ávila. Y la deponente añade también que la venerable Madre Ana celebraba con gran esplendor las fiestas de la Virgen María, especialmente la fiesta de la Inmaculada Concepción. Y adornaba con muchas flores e hierbas de mucho olor sus pinturas e imágenes, siempre que podía. Del mismo modo honraba las imágenes del Salvador, a cuyos pies solía poner las flores más elegantes y primaverales, principalmente las llamadas “pensamientos” o “tricolores”, para que Dios le diera pensamientos piadosos. Igualmente veneraba las imágenes y las pinturas de los santos, de los que tenía unas letanías, particularmente a san José, a quien ofrecía unas oraciones especiales todos los días. Hay que añadir a san Miguel Arcángel, a la santa Madre Teresa, a san Juan Bautista y a otros santos, cuyas reliquias veneraba mucho, confiando mucho en todos ellos, como lo pudo constatar la misma deponente directamente. Y la venerable Madre Ana*

³³ Ib. p. 187.

³⁴ Sum p. 225.

solía exhortar a las demás monjas a que fueran devotas de todos esos santos y honrarlos ³⁵.

El padre Juan de la Madre de Dios, que fue su confesor durante cuatro años, reitera igualmente que *era devotísima de la Virgen María, a la que desde sus primeros años eligió por madre, y todos los días rezaba el rosario en su honor y de ella recibía muchos beneficios y celebraba sus fiestas con mucha solemnidad y adornaba con muchas flores sus imágenes y las honraba mucho* ³⁶.

En algunas ocasiones se le aparecía la Virgen María para consolarla y animarla en sus dificultades. Dice: *Estando una vez en la fiesta de Navidad haciendo mi oración, adoraba las llagas de los pies de Jesucristo y vínome a la memoria: “Ahora, Señor, venís Niño, y Vos en la cruz. ¿Qué haré de veros siempre así, oh Niño?”. Y en ese momento se le apareció la Virgen con el Niño en sus brazos mostrándose desnudo y pequeñito como lo tenía en sus sagradas entrañas y tenía en sus pequeñitos pies señaladas las llagas como llagas con unas gotas de sangre, que parecía le habían caído como señalados los clavos que había de tener* ³⁷.

SAN MARTÍN DE PORRES (1579-1639)

María estaba siempre presente en su vida como una buena madre. Llevaba siempre un rosario al cuello y otro en el cinto como era costumbre en los religiosos en el Perú; y todos los días rezaba el rosario como buen dominico.

Fue cordialísimo devoto de la Santísima Virgen Nuestra Señora, a quien amaba y veneraba con singular reverencia; en cuya capilla pasaba las noches en oración ante esta divina Reina con quien consultaba todo lo que había de hacer, valiéndose de su intercesión ante su divino Hijo. Por lo cual, en todo cuanto ponía mano, le sucedía bien. Y asimismo se sabe que traía siempre un rosario colgado al cuello y otro en las manos en que ejercitaba la oración del avemaría; no soltando el rosario sino cuando se había de ejercitar en algún acto de ministerio de sus oficios ³⁸.

Algunos religiosos certificaron que *en diferentes ocasiones le había hablado una imagen de la Virgen que estaba en el “de profundis” y hoy está colocada en una capilla que hay en la portería principal del convento* ³⁹.

³⁵ Proceso de canonización, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2010, p. 422.

³⁶ Proceso, p. 330.

³⁷ Autobiografía A, p. 371.

³⁸ Padre Antonio Gutiérrez, Archivo Vaticano, vol 1288, fol 456v.

³⁹ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 678.

Procuraba adornar con flores los altares de la Virgen y también le gustaba poner velas encendidas ante las imágenes de María como atestiguan varios testigos ⁴⁰.

Fray Domingo Gil declara haber oído a religiosos graves y llenos de virtud que *queriendo la divina Majestad y la Santísima Virgen María remunerar la continua asistencia de fray Martín al Oficio menor de Nuestra Señora que la Comunidad le reza a medianoche antes de entrar a Maitines en presencia de una imagen de la Virgen Nuestra Señora..., muchas veces se quedaba el siervo de Dios el último y salía tras la Comunidad y que, en esas ocasiones, veían los religiosos que dos ángeles le iban alumbrando con antorchas en las manos. Lo cual vieron repetir muchas veces* ⁴¹.

La amaba tanto que no es de extrañar que en la última enfermedad se le apareciera *la Santísima Virgen, su patrona y abogada con otros ángeles y santos*⁴².

SAN JUAN MACÍAS (1585-1645)

Su amor a María era extremadamente grande. Llevaba siempre un rosario al cuello y otro en la mano izquierda y lo rezaba continuamente. *A veces, después de ser maltratado por los demonios, se le aparecía a su lado, rodeada de resplandores, la Soberana Reina de los ángeles, Madre de misericordia y consuelo de los afligidos, María, Señora Nuestra, que con un rostro sereno y apacible lo animaba y confortaba a resistir las furias infernales* ⁴³.

Había días en que escaseaban los alimentos y fray Juan se retiraba a su celda a orar a Nuestra Señora en su imagen de Belén (que tenía en la cabecera de su celda). *Y hablando con su santa imagen le decía Nuestra Señora: “Juan, no te aflijas, confía en la bondad y poder de mi Santísimo Hijo Jesucristo, a quien le agradan tus obras. Envía por la mañana a pedir a fulano y a zutano, que sin duda te darán”... Obedeciendo el siervo de Dios, escribía a las personas que la Señora le había señalado y le acudían, de modo que salía del aprieto* ⁴⁴.

Tenía mucha devoción a la Salve y acudía todos los días a ella con la Comunidad, cuando se cantaba solemnemente en la iglesia después de las

⁴⁰ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 657-658; 672-673.

⁴¹ Archivo Vaticano, vol 1288, fol 341.

⁴² Archivo Vaticano, vol 1289, fol 163.

⁴³ Meléndez Juan, *Tesoros verdaderos de las Indias*, tomo tercero, libro IV, Roma, 1682. p. 493.

⁴⁴ Meléndez, o.c., p. 513.

Completas de la noche. El día que no podía asistir por algún inconveniente, se ponía de rodillas, mientras la cantaban, haciéndose presente con el corazón.

Tenía mucha devoción al rezo del rosario. Fuera del que rezaba a coros con la Comunidad de los religiosos legos y donados en la capilla de la Señora del Rosario, rezaba entre día otras tres partes enteras meditadas, de rodillas, que aplicaba a las necesidades de la Iglesia, por sí, por las personas que se le encomendaban, y por las almas del purgatorio.

La capilla de Nuestra Señora del Rosario era de noche el continuo lugar de su oración, el descanso de los trabajos del día. Acabado el rosario de la Comunidad, se quedaba en ella hasta maitines. Tenía allí en su sagrario personalmente al Hijo y en el nicho principal en su imagen a la Madre con el Hijo en brazos, con lo que gozaba de todo cuanto podía desear y gozar en el cielo y la tierra ⁴⁵.

Un día vino un gran terremoto. Las puertas y las paredes temblaban. Todo eran voces de confusión y todos pedían misericordia a Dios. Fray Juan quiso huir como los demás, pero apenas se movió para levantarse del suelo, cuando la Reina de misericordia, Nuestra Señora, hablándole por la boca de su imagen, que está en el altar, le dijo amorosamente: “Hijo fray Juan, ¿por qué huyes estando conmigo? ¿No estoy yo aquí? ¿Por qué temes?... Al hablarle la imagen, fue tanta la luz que despidió de su rostro que se llenó la capilla de resplandores del cielo y su alma humilde de soberanos e inefables gozos ⁴⁶.

Una noche de san Carlos Borromeo del año 1642, estando el siervo de Dios en la capilla de Nuestra Señora del Rosario de su convento a las tres de la noche..., vio todo el ámbito de la capilla poblado de luces celestiales. La soberana Reina de los cielos se le puso junto a sí en un trono resplandeciente con su santísimo Hijo Jesús muy pequeñito en sus brazos y, levantándolo por tres veces, hizo ademán de entregárselo con cariño, más de madre que de reina: “Aquí le tienes, hijo, pues lo deseas, recíbelo que yo soy quien te lo da, logra tus ansias y cumple tus deseos”. Fray Juan, entre enamorado y humilde, comenzó a fluctuar en aquel golfo de luces, por una parte el amor le pedía que recibiese el inestimable don, y, por otra, su humildad se lo disuadía... Se excusó con la Señora de recibir en sus manos al Niño Dios..., pero quedó por varios días con mucha alegría y gusto espiritual en el alma ⁴⁷.

⁴⁵ Meléndez, o.c., p. 536.

⁴⁶ Meléndez, o.c., p. 548.

⁴⁷ Meléndez, o.c., pp. 549-550

SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE (1647-1690)

La santa amaba entrañablemente a María, como a una madre. Cuando era niña cayó gravemente enferma y ella dice: *No se pudo hallar ningún remedio a mis males hasta que me consagré a la Santísima Virgen, prometiéndole que, si me curaba, sería con el tiempo hija suya. No bien hube hecho este voto, cuando recibí la salud con una nueva protección de la Santísima Virgen* ⁴⁸.

Siendo ya religiosa, me ordenaron que pidiese a Nuestro Señor la salud. Querían conocer claramente si cuanto pasaba en mí procedía del Espíritu de Dios. Según esto, me permitirían después hacer cuanto Él me había mandado ya con respecto a la comunión de los primeros viernes, ya en cuanto a la hora de vela que pedía hacer en la noche del jueves al viernes. Habiendo presentado todo esto a Nuestro Señor por obediencia, recobré al punto la salud. La Santísima Virgen, mi buena madre, me favoreció con su presencia, me hizo grandes caricias y me dijo después de un coloquio bastante largo: “Toma ánimo, mi querida hija, te doy la salud de parte de mi divino Hijo; aún te queda por andar un largo y penoso camino sobre la cruz, traspasada por los clavos y espinas, y desgarrada por los azotes, pero nada temas. Yo no te abandonaré y te prometo mi protección”. Promesa cuyo cumplimiento me ha hecho experimentar en las grandes necesidades que de ella he tenido después ⁴⁹.

María siempre ha sido para mí una buena madre, jamás me ha negado su socorro y a ella recurría en todas mis penas y necesidades con tal confianza que me parecía no tener nada que temer bajo su maternal protección. Hice también entonces el voto de ayunar todos los sábados, de rezar el Oficio de su Inmaculada Concepción y de hacer siete genuflexiones todos los días de mi vida, rezando siete avemarías en honra de sus siete dolores; y me ofrecía después a ser perpetuamente su esclava, suplicándole que no me rehusase este título. Le hablaba con la sencillez de una niña, como a mi buena madre ⁵⁰.

Un día mi santa libertadora (la Virgen María) me favoreció con su visita. Traía a su divino Hijo en sus brazos y, poniéndolo en los míos, me dijo: “He aquí el que viene a enseñarte lo que debes hacer”. Me sentí penetrada de vivísimo gozo y ardiente deseo de acariciarle y Él me dejó hacer cuanto quise. Y habiéndome cansado hasta no poder más, me dijo: “¿Estás contenta ya? Que esto te sirva para siempre, porque quiero que estés abandonada a mi poder como has visto que lo he hecho yo. Ya sea que te acaricie o te atormente, no has

⁴⁸ Autobiografía, p. 31.

⁴⁹ Autobiografía, p. 68.

⁵⁰ Autobiografía, p. 43.

de tener otros sentimientos, sino los que yo te dé". Desde entonces me hallo en una dichosa impotencia para resistirlo.

Otro día, Jesús unió su Corazón con el de Margarita y el de María. Dice ella: *En la fiesta del Corazón de la Santísima Virgen, después de comulgar, me mostró Nuestro Señor tres corazones. El que estaba en medio era pequeñísimo y casi imperceptible. Los otros dos eran luminosos y resplandecientes, sobrepujando el uno al otro de modo incomparable y oí estas palabras: "Así es como mi puro amor une estos tres corazones para siempre". Y los tres se fundieron en UNO*⁵¹.

BEATA INÉS DE BENIGÁNIM (1625-1696)

*Cierto año, el domingo primero de octubre se le apareció Jesús con María e innumerables ángeles. María estaba rodeada desde la cabeza hasta sus pies de un cerco de odoríferas flores, unas blancas, otras coloradas y violadas otras, representando los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. El Señor le manifestó un gran número de personas que rezaban el rosario, a las cuales favorecía la Virgen, comunicándoles aquellas flores que producían los más fervorosos afectos para amar más y más a su Santísimo Hijo*⁵².

El padre Jaime Albert declaró: *La venerable Madre Inés profesaba una cordial y tierna devoción a María Santísima, cuyas festividades celebraba con extraordinaria devoción, ayunando en sus vigiliass y haciendo muchas mortificaciones. Pero especialmente era entrañable la devoción que profesaba al misterio de la Purísima Concepción, porque éste era el título de la iglesia de su convento, y así, a cuantos la trataban, inculcaba siempre la devoción a María Santísima, diciendo a este propósito: "¿Qué sería de nosotros si no tuviésemos por Madre a la Santísima Virgen?". Y cuando los piadosos fieles manifestaban a la sierva de Dios que se veían fuertemente tentados, ella les aconsejaba que rezasen tres avemarías todos los días en honor de la virginal pureza de María Santísima.*

Era asimismo devotísima de los dolores de la Santísima Virgen, y encargaba mucho a los predicadores, que le pedían oraciones para su salvación y para conseguir fruto con sus sermones, que antes de pronunciar los sermones recitasen algunas avemarías en obsequio de la Virgen de los Dolores. El declarante sabe esto, porque experimentó en sí muchas veces el buen resultado

⁵¹ Escritos de la Madre Saumaise, Gauthey, vol 2, p. 146.

⁵² Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913, p. 153.

de tal encargo, y porque muchos otros predicadores le confesaron el mismo buen éxito de este consejo.

Frecuentísimamente brotaban de sus labios ardientes jaculatorias hacia su amada Madre del cielo. Cuando hablaba de María Santísima, con gran ternura prorrumplía en estas amorosas expresiones, que ella chapurreaba en su imperfecto valenciano: “¡Madre mía, Madre de misericordia, Madre de los pecadores! ¿Qué seríamos nosotros sin Vos? ¿Cuántos se perderían sin Vos? Yo confío, por más que sea una gran pecadora, que, mediante vuestra intercesión, he de ver a mi esposo, aunque ignore a dónde iré, pues por mis pecados he merecido el infierno”⁵³.

La venerable Madre recitaba todos los días el rosario de María Santísima con la mayor devoción y encargaba además a todos los religiosos y a las personas que trataba, que recitasen el rosario diariamente y con la mayor devoción, afirmando al mismo tiempo que su divina Majestad concedía singularísimos favores a sus criaturas por esta devoción, profesada a su Santísima Madre.

Era muy notable la fama que corría entre los fieles sobre las gracias, los favores y las bendiciones que llevaban consigo los rosarios que ella repartía. Por eso, no sólo las religiosas, sino también los seglares, en ciertos días entregaban sus rosarios a la venerable Madre Inés para que ésta los ofreciese a la Santísima Virgen a fin de que María echara sobre ellos su bendición. Declaró que María Santísima premiaba esta devoción a la sierva de Dios, concediéndole ella misma singularísimos favores, especialmente en las festividades de la misma Reina del cielo, en las cuales los dichos favores se extendían también en beneficio y consuelo de sus prójimos. Porque en estos días la venerable Madre conseguía una copiosa y especial bendición para todos los rosarios que tenía en su poder; lo cual, sabiéndolo la declarante y demás religiosas, consignaban en dichos días a la sierva de Dios todos los rosarios que se encontraban en el convento, a fin de que obtuviesen aquella bendición, y poder después distribuirlos a los bienhechores de la Comunidad, quienes experimentaban grandes maravillas con los citados rosarios.

Tuve ocasión, prosigue la misma religiosa, de estar presente varias veces a esta bendición que la Madre alcanzaba para los rosarios, pues solía suceder casi siempre, cuando toda la Comunidad estaba reunida en la sala de recreación. La venerable Madre, meditando en la festividad de María Santísima propia de aquel día, se enajenaba de los sentidos en presencia de toda la

⁵³ Pedro de la Dedicación, *La azucena de Valencia, vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de santa Inés, Valencia, segunda edición, 1974, pp. 204-205.*

Comunidad, teniendo en sus manos todos los rosarios que le habían entregado y todos los que ella con sus propias manos había confeccionado. Durante aquel éxtasis solía decir las siguientes palabras, que todas las percibíamos distinta y perfectamente: “Ahora da la bendición Nuestro Señor”. Pasaba un rato y continuaba en valenciano: “Ahora da la bendición María Santísima”. Proseguía en su arrobamiento y finalmente decía: “Ahora da la bendición Nuestro Padre san Agustín”.

Sor Catalina María de San Agustín certificó que *una vez aconteció la citada bendición en el día de la Purísima Concepción del año 1635, en la sala de recreación, donde toda la Comunidad estaba reunida. Frente al altar donde estaba la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, se encontraba la sierva de Dios, teniendo en sus manos todos los rosarios recogidos. Puesta en oración la venerable Madre fue arrebatada en éxtasis, el cual le duró por espacio de tres horas. Durante este tiempo permaneció la sierva de Dios con el rostro encendido de modo extraordinario y profirió las palabras ya sabidas, produciendo con ellas en toda la Comunidad efectos de grande ternura y devoción. La que esto declara se encontró presente y vio cuanto ha dicho*⁵⁴.

VENERABLE BENITA RENCUREL (1647-1718)

Benita tuvo la gracia de ver a la Virgen a lo largo de 54 años y lo mismo a su ángel y a otros muchos ángeles. Las apariciones comenzaron en 1664 en Laus, diócesis de Gap, en Francia, donde actualmente está el gran santuario mariano de Laus. En ese lugar se siente hasta la actualidad con frecuencia un olor suavísimo y agradable que indica que es un lugar sagrado, visitado por la Virgen y los santos.

El aceite que arde ante la imagen de la *Virgen del Buen Encuentro* es usado por indicación de la misma Virgen María para la curación de enfermos.

En marzo de 1670 dos ángeles parecían sostener a la Virgen María en el aire. Ella tenía tanta luz y claridad que Benita no podía ver distintamente los rasgos de su rostro. Siete años más tarde, cuando se le apareció la Virgen encima de la cruz de Avançon sostenida por muchos ángeles, Benita le preguntó si no tenía miedo de caerse. María respondió: *No, mi hija, mis ángeles me sostienen. Yo no soy pesada como un cuerpo humano. No tengas miedo.*

⁵⁴ Ib. pp. 205-206.

En otra aparición, en la capilla del *Buen Encuentro*, María apareció sostenida por cuatro ángeles. Benita le preguntó por qué era sostenida por ángeles y le contestó: *Para hacer ver el poder de mi Hijo*.

El 24 de marzo de 1690, la iglesia estaba tan perfumada por un olor celestial que todos estaban admirados. Al día siguiente su buen ángel le manifestó que había estado la Virgen María en la iglesia, cuando fue invadida de perfume celestial. El padre Gaillard anotó que, desde el mes de marzo hasta mediados de mayo de 1690, la iglesia estuvo todas las semanas llena de ese perfume celeste. Y el ángel le recomendó a Benita que debía agradecer a Dios y a María por ese regalo de los perfumes. Estos perfumes los sentían incluso personas privadas del sentido del olfato, como el ermitaño Francisco Aubin, que no tenía ese sentido y podía oler esos perfumes.

El 15 de agosto de 1698 María se le apareció sostenida por cuatro ángeles en forma de niñitos. En una ocasión la Virgen le propuso a Benita tomar en sus brazos a un angelito que la acompañaba. Benita obedeció y lo tuvo en brazos durante unos momentos. María desapareció y los dejó a los dos solos: Benita con el ángel en brazos. Y el ángel le manifestó que quería regresar junto a la Virgen María.

En ocasiones los ángeles tomaban la forma de pajaritos de vivos colores, que brillaban en la noche.

Por los perfumes, Benita sabía si estaba la Virgen, aunque no la viera. Un día de 1700 vio un ángel sobre el altar de la capilla y sintió el perfume de María, que estaba allí sin mostrarse. Estos olores eran percibidos también por los peregrinos. Una inmensa cantidad de personas los sintieron, afirmaba el padre Gaillard.

Muchas veces María le daba mensajes para otras personas. Un día un sacerdote sufría en los alrededores de Laus desde hacía una semana, sin socorro y sin testigos, una pérdida de sangre que lo iba a llevar definitivamente a la tumba. Se le apareció la Virgen a Benita y le dijo que fuera a consolarlo y que le preparara un brebaje con algunas plantas que le señaló. La poción fue maravillosa y el enfermo recobró las fuerzas y vivió mucho tiempo ⁵⁵.

María fue toda su vida una madre y una guía espiritual para ella desde que en 1664 le estuvo dando enseñanzas todos los días durante cuatro meses, cuando tenía 17 años. Le fue enseñando los caminos de Dios y cómo ser santa. Estas

⁵⁵ Annales del santuario de Laus, p. 371.

apariciones de María a Benita Rencurel en el santuario Laus (Francia) fueron aprobadas por el obispo diocesano el año 2008.

BEATO BERNARDO DE HOYOS (1711-1735)

El día de la Asunción del año 1728 había sido llevado al cielo *en alas del espíritu y allí vio cosas inefables y gustó de soberanos deleites que no es posible describir. Después de la comunión, tuvo una visión intelectual en la que asistió con el coro de los ángeles a la fiesta solemne que se hacía a su reina aclamándola Señora del universo; y oyó que el Señor le decía: “Lo que hoy has gozado es algo de lo que hubo en el cielo, cuando entró en él mi madre. Tenla por tuya; todo lo que me pidieras por su medio, no dudes que lo alcanzarás, si es para gloria mía* ⁵⁶.

Una vez en tiempo del gran desamparo, *fue acometido por una tentación deshonesto tan furiosa y terrible que le obligó a clamar desde lo más íntimo de su corazón a la madre de la pureza, María Santísima. Lograron su eficacia sus súplicas, porque en un momento se sosegó la tempestad, obedeciendo los vientos de la tentación a la imperiosa voz de la Virgen. Y en medio de aquellos clamores, se le apareció la reina del cielo, rodeada de multitud de ángeles. La dulcísima y suavísima voz de la Virgen resonó clara y distintamente en el interior de su alma, diciéndole: “Hijo, pronta estoy a socorrerte. En nada has ofendido a mi Hijo. Todavía te resta lo más que padecer”* ⁵⁷.

Él escribió: *Mi dulcísima Madre María Santísima se me dejó ver por visión intelectual tan amorosa y amante como una madre a un hijo muy querido y, además del alborozo que causó en mi alma esta vista, que verdaderamente fue tierna, me consoló como Madre, diciéndome que no había que temer, porque ella era mi Madre y cuidaba de mí como de hijo regalado* ⁵⁸.

El día 7 de septiembre de 1728, último día de sus Ejercicios espirituales, rezaba Bernardo el rosario con mucha devoción. *Después del primer misterio, comenzaba el saludo “Ave, filia Dei Patris” (Ave, hija de Dios Padre) y vio cerca de sí en el aire a la misma reina, asistida de innumerables ángeles. Esta visión maravillosa le ocasionó un éxtasis que le impedía proseguir el rosario, escuchando un cántico suavísimo que entonaban a coro los ángeles en honor de la natividad de nuestra Señora* ⁵⁹.

⁵⁶ De Loyola Juan, *Vida del padre Bernardo de Hoyos*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1913. pp. 49-50.

⁵⁷ Segunda carta del padre Manuel de Prado sobre la muerte y virtudes del padre Bernardo.

⁵⁸ Juan de Loyola, *Vida del hermano Juan Berchmans, joven ángel de la Compañía de Jesús*, libro III, cap. 8.

⁵⁹ De Loyola, o.c., p. 57.

El 1 de octubre de 1730, mientras todavía estaba con las tercianas, se le apareció la Virgen María. Era la fiesta del Rosario y María le aseguró: “Hasta ahora ninguno se ha condenado ni se condenará en adelante que haya sido verdadero devoto de mi rosario”⁶⁰.

El 2 de febrero de 1731, fiesta de la Purificación, vio a la Virgen María por cuyas manos había ofrecido su corazón a Dios y que tenía en ellas el mismo corazón de Bernardo ya ofrecido. Lo volvió a ofrecer de nuevo la Virgen a su precioso Hijo y notó él que le miraba su dueño con especial amor y le aplicaba los méritos infinitos de su sangre, inundándole a la par de celestiales luces. Al mismo tiempo sintió el alma de Bernardo que Jesús le había concedido la indulgencia plenaria del santo jubileo con remisión completa de toda la pena de las culpas hasta aquella hora cometidas”⁶¹.

Y él decía con alegría: María es mi madre y como tal se muestra. Yo aspiro a ser hijo suyo y como tal recurro siempre a su protección. Tiene dominio absoluto sobre mi corazón, sobre mi alma y sobre mi espíritu”⁶².

SANTA FRANCISCA DE LAS CINCO LLAGAS (1715-1791)

Tenía un amor muy grande a la Virgen María, a quien consideraba su madre querida, que se le aparecía a menudo para consolarla y animarla en sus sufrimientos por la salvación de las almas.

El día 15 de agosto de 1741 estaba tan enferma que debieron administrarle los últimos sacramentos. Ella ofreció sus dolores a la Virgen María en ese día de su fiesta y fue rodeada de un maravilloso resplandor, que duró seis horas seguidas, recuperando milagrosamente la salud. Pensaron todos que la misma Virgen María durante esas horas de resplandor, la había asistido personalmente y la había curado”⁶³.

Tenía mucha devoción a María bajo el título de la “Divina Pastora” y usaba el aceite de la lámpara que brillaba delante de su imagen como remedio para las enfermedades”⁶⁴.

Este título de la *Divina Pastora* era prácticamente desconocido en Nápoles. El año 1742 ó 1744 algunos religiosos alcantarinos españoles le

⁶⁰ De Loyola, o.c., p. 193.

⁶¹ De Loyola, o.c. p. 200.

⁶² De Loyola, o.c., p. 448.

⁶³ Sum (Sumario) pp. 98-99.

⁶⁴ Sum p. 124.

regalaron al padre Salvador una imagen de la “Divina Pastora”, donde estaba la Virgen María con el Niño Jesús en brazos, rodeada de ovejitas, las cuales estaban unidas a la Virgen con algunas cadenas. San Miguel arcángel, alejaba a un lobo infernal de las ovejas, gritando “Ave María”.

Estando ella en oración, tuvo una visión en la que la Virgen santísima le manifestaba su agrado de ser venerada con ese nombre. Por este motivo el padre Salvador hizo traer de España imágenes, estampas y libritos de la “Divina Pastora”⁶⁵.

Muy pronto el demonio empezó a perseguir al padre Salvador y a la sierva de Dios por propagar esta devoción (en la que se trata de poner bajo el manto de María a todas las ovejitas de Jesús). Y comenzaron a pintarse cuadros, hacerse imágenes y dedicar capillas y altares a esta devoción, manifestando la Virgen su agrado con muchos prodigios y milagros.

La sierva de Dios quiso ponerse una cadena bendita para unirse más estrechamente a María como las ovejitas del cuadro. Y delante de una imagen de la “Divina Pastora”, ante el padre Salvador, se consagró a María, quedando en éxtasis con los ojos abiertos, fijos en la imagen. El padre Salvador quedó conmovido y le mandó por obediencia que volviera en sí. Ella manifestó que la Virgen María se le había presentado resplandeciente de luz y que, al pronunciar las palabras de la consagración como su ovejita, sintió que la estrechaba contra su corazón⁶⁶.

Un día a sor María Francisca le salió un tumor bajo una mama que le daba muchas molestias. Ella se aplicó la imagen de la “Divina Pastora”, recitando las letanías, y quedó en éxtasis. Al volver en sí, estaba curada⁶⁷.

El padre Salvador quiso en 1748 contratar un escultor para hacer imágenes de la *Divina Pastora*, pero no tenía dinero para pagarle. Le encomendó a la sierva de Dios este problema y ella, mientras hacía oración, encontró seis ducados de plata. Se los dio inmediatamente al padre Salvador, quien quedó admirado, porque, sin haber hablado del precio, el escultor pidió exactamente ese dinero. El escultor se llamaba José Cioffi. Y pronto esas imágenes, que fabricaba el escultor, se llamaron milagrosas por los prodigios que sucedían .

El padre Luis María declaró que *el padre Salvador había recibido de un devoto una onza de oro y pensó en llevársela a María Francisca, ya que tenía*

⁶⁵ Hay que anotar que el título exacto de María sería *María, madre del divino pastor*, porque María no es persona divina.

⁶⁶ Sum pp. 188-189.

⁶⁷ Sum p. 189.

necesidades. Envolvió la moneda en una imagen de la “Divina Pastora”, fue a su casa y se la ofreció. Ella, al recibirla, se sonrió. Y al preguntarle por qué se reía, respondió: “Se ha cumplido lo que me manifestó la Virgen María, pues el día anterior, mientras él envolvía la moneda en la imagencita, la misma Virgen María le había revelado que, por su amor, el padre Salvador le estaba haciendo esa caridad”⁶⁸.

EL SANTO CURA DE ARS (1786-1859)

Es el patrono de todos los sacerdotes. A todos sus feligreses les aconsejaba rezar el avemaría al dar la hora. A las madres de familia les recomendaba consagrar a sus hijos por las mañanas, diciendo un avemaría.

Durante el tiempo en que el cólera hizo estragos, en Francia, hizo acuñar una medalla, representando a la Virgen en su Inmaculada Concepción, con una flor de lis a cada lado y la inscripción en el reverso: “Oh María, sin pecado concebida, presérvanos de la peste”⁶⁹.

Dice el padre Renard: *La Virgen se le apareció muchas veces. La primera vez tuvo lugar en la sacristía. Una persona se acercó para hablarle y vio una bella señora que hablaba con él. Ella se retiró para no interrumpir la conversación. Esperó un largo rato a la puerta y la señora no salió. Habiendo perdido la paciencia, tocó la puerta. El padre Vianney le abrió y la hizo entrar, pero él estaba solo. Preguntó dónde estaba la señora y él le respondió:*

- *¿Usted la ha visto?*
- *Sí, pero viendo que tardaba en salir, he perdido la paciencia.*
- *No hable a nadie de esto. Esa señora no saldrá. Era la Virgen María. ¿Qué feliz es usted de haberla podido ver? ¡Ámela mucho!*⁷⁰.

El mismo padre Renard refiere: *Una noche el diablo la había maltratado mucho. De pronto, una luz resplandeciente ilumina su modesta habitación y dos personas se acercan a su lecho y lo consuelan y animan... Era Jesús y la Virgen María. Al día siguiente, una buena viuda fue a arreglarle la cama y caminaba sobre las dos baldosas sobre las que habían posado sus pies el Señor y su madre. El santo cura que la vio, hizo un movimiento de sorpresa. La viuda le preguntó qué pasaba. Él contestó:*

⁶⁸ Sum p. 457.

⁶⁹ Lassagne Catalina, *Memoria* 3, p. 88.

⁷⁰ Padre Renard, *Monsieur le curé d'Ars*, primera redacción, que se encuentra en los archivos del obispado de Belley, p. 27.

- *Oh, usted debería quitarse los zuecos para caminar por ahí.*
- *Le mostró las dos baldosas y añadió: “Esta noche han venido a consolarme Jesús y María. El demonio casi me había matado. Y ellos han puesto sus pies sagrados ahí”⁷¹.*

SANTA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1809-1865)

El 1 de marzo 1861 escribió: *Fuera de mí de gozo, me pareció ver a la Santísima Virgen que me dio a besar su mano y como si ella me hiciera ver a la Santísima Trinidad. Estaba el Padre a la derecha de la Virgen, luego el Hijo con sus llagas muy frescas*⁷².

*Tal ansia tenía un día (de comulgar) que con lágrimas le pedía a la Santísima Virgen me lo trajera pronto, que me sentía morir. Y al llegar el sacerdote a darme la comunión, yo no vi más que al Señor, como si de su Corazón sacara la forma sagrada; la Virgen estaba a mi lado y la veía más cerca que al Señor y mejor*⁷³.

La hermana Corazón de María nos informa: *El año 1858 se hallaba en nuestro Colegio de Zaragoza al tiempo en que iban a empezar los piadosos ejercicios de la novena de la Purísima Concepción... En el altar había un cuadro de la Purísima. Dado principio a dichos religiosos actos, la Madre Sacramento asistía a ellos juntamente con la Comunidad, los cuales practicaba la sierva de Dios con ordinario recogimiento propio de los bienaventurados; mas he aquí que cada vez que dicha mi santa Madre penetraba en la capilla, así de día como de noche, durante los nueve días de la novena, veía la misma una imagen de la Santísima Virgen muy bella, de tamaño natural, con un vestido blanco brillantísimo y un manto azul como esmaltado. Terminado el novenario, entró la sierva de Dios, como de ordinario, en la capilla al décimo día, antes de la hora de comer, para hacer oración; y como no viese ya la Virgen que decía haber visto durante la novena, salióse y preguntó a la Superiora Juana de Dios: “¿Por qué no le había avisado cuando se llevaron la Virgen?” y dicha Superiora, sorprendida le contestó: “Pero ¿qué Virgen, Madre Sacramento, si está la misma que había y tenemos en casa?”. A lo que replicó la sierva de Dios: “No, no, si era otra Virgen grande, muy hermosa”. Y la Superiora, abrazando a Madre Sacramento, le dijo: “Madre, vuestra Reverencia sola la ha visto, pues jamás hemos tenido en casa otra imagen que la del cuadro que hay”. Yo, que no estaba muy distante de la sierva de Dios, no tuve la dicha de ver la imagen que*

⁷¹ Ib. pp. 57-58.

⁷² Autobiografía 58.

⁷³ Relación de Favores 36-37.

vio mi santa Madre, y así se lo dije cuando me preguntó si yo la había visto también. Sí advertí que, durante la indicada novena, se hallaba la Madre Sacramento con grandísimo fervor y que aprovechaba todos los momentos libres de que podía disponer para irse a la capilla y cuando salía de ella nos decía: “Qué hermosa está la Virgen”⁷⁴.

De gran trascendencia para su alma y para su obra fue la visita realizada a la Moreneta (Virgen de Monserrat) el 24 de octubre de 1861, con el fin de suplicar a la Santísima Virgen que, si era voluntad de Dios que se verificase (la fundación de Barcelona), intercediera para que todo se arreglase. He aquí cómo lo relata Corazón de María: *Al segundo día de encontrarse en el expresado monasterio de Monserrat, el padre Muntadas, abad del mismo, invitó a la Madre Sacramento a ver las alhajas, ofreciéndose él mismo a enseñarlas. Cuando llegó la hora dispuso la Madre Sacramento que fuera yo con la Baronesa de Rocafort, que nos acompañó a dicho monasterio, a ver las alhajas, como así sucedió, quedándose la sierva de Dios en el camarín de la Virgen, donde muy cerca de ésta permaneció mucho tiempo orando fervorosamente.*

De repente, y como fuera de sí, levantóse la Madre Sacramento, quien creyendo que era yo una señora, llamada doña Elena, que así mismo nos acompañó y se quedó haciendo compañía a la sierva de Dios, con cuya señora no podía equivocarme por ser ésta gruesa y anciana y yo joven y delgada, se dirigió a ella, la abrazó estrechamente y le dijo: “Corazón, la santísima Virgen me ha ofrecido que tendremos una magnífica casa en Barcelona, que será la primera del Instituto en que se dé culto público a nuestro Señor....”.

Cuando conoció la equivocación, se avergonzó mucho. Al buscar yo y la baronesa a la Madre Sacramento, nos contó doña Elena lo que dejo relatado⁷⁵.

En Nuestra Señora de Monserrat —escribe— no me explico yo lo que sentí: gozo, llanto, pena del conocimiento mío y una cosa interior que me unía a la Virgen de un modo que, aún hoy, después de quince días, me tiene fuera de mí.

Yo comprendí el placer que recibe la Señora en nuestras fundaciones y muy segura quedé de su protección y que ésta será una de las mayores fundaciones, y tendrá adoración perpetua, a lo que el Niño que tiene la Señora en sus brazos se sonrió, y me llenó de gozo, que aún no ha pasado, y aún mi cara echa fuego.

⁷⁴ PIV (Proceso informativo de Valencia) fol 548-548v.

⁷⁵ PIV fol 566v-567.

Le ofrecí a la Virgen “porque conocí gustaba de que estuviera con Ella” visitarla siempre que pueda. Yo me hallaba con la santa imagen con la mayor confianza y con paz de alma y cuerpo. Conseguí todo lo que le pedí y lo hallé cumplido a mi vuelta, de modo que en Barcelona se vio cumplido el río de gracias que el Señor me ofreció en Valencia por los votos ⁷⁶.

Al volver a Manresa desde Monserrat era un día de lluvia y nieblas. Todos sentían el mal tiempo, y yo por ellas más que por mí, dije: “Pedídselo a la Virgen y dejará de llover”. Se tomó a broma. Como cosa imposible se desechó, y yo que sentí en el acto concedido lo que pedía, dije: “No lo creen, pues hará sol en Manresa hoy, y lo veremos todo bien”. Así fue, yo recé una Salve a la Virgen y se lo pedí, no por mí, sino en pago de la caridad de la baronesa que nos llevó, y no perdonó medio para que lo viéramos ⁷⁷.

El 28 de octubre de 1862, me fui a ver en Valencia a la Virgen de los Desamparados. La vi tan hermosa y risueña que me sentí muy conmovida. Lloré. Todos notaron algo raro y no se ocultó la impresión que todos sentíamos... Quisieron me metiera bajo su manto y en el rato que estuve sentí que me apretaban el corazón Hijo y Madre. Salí fuera de mí y no me podía dormir de gozo después ⁷⁸.

Su amor a María era tan grande que no podía vivir sin pensar en ella, pues sabía por experiencia que su amor a María la llevaba a amar más a Jesús.

En una ocasión la vieron llorar amargamente con motivo de conocer cierto sacrilegio contra María santísima cometido en cierto país de Asia. Ella nombraba siempre a María como la directora del Colegio. A sus plantas depositaba las llaves. La honraba con el rezo diario del rosario y con especiales actos religiosos en el mes de mayo, además del rezo del Oficio parvo en su honor. Su advocación preferida era la Dolorosa y después la Inmaculada Concepción.

Para ella María era una verdadera madre con quien podía conversar y contarle con confianza todos sus problemas y dificultades de cada día. Por eso dijo en el palacio episcopal de Ávila: *Si buscamos a la santísima Virgen como a nuestra madre, ella nos demostrará que lo es ⁷⁹.*

⁷⁶ *Ibidem.*

⁷⁷ Relación de Favores 90.

⁷⁸ Apuntes de Ejercicios y Retiros 109.

⁷⁹ PIV fol 1348.

SAN ANTONIO MARÍA CLARET (1807-1870)

La Santísima Virgen me preservó de ahogarme en el mar. Como trabajaba mucho, en los veranos lo pasaba muy mal, perdía enteramente el apetito, y hallaba algún alivio con irme a la mar, lavarme los pies y beber algunos sorbos de aquella agua. Un día que a este intento fui a la “mar vieja”, que llaman, tras la “Barceloneta”, hallándome en la orilla del mar, se alborotó de repente, y una grande ola me llevó, y después de aquella, otra y me vi de improviso muy mar adentro, y me causaba admiración al ver que flotaba sobre las aguas sin saber nadar, y, después de haber invocado a María Santísima, me hallé en la orilla del mar, sin haber entrado en mi boca ni una gota de agua. Mientras me hallaba en el agua estaba con la mayor serenidad; pero después, cuando me hallé en la orilla, me horripilaba el pensar el peligro del que había escapado por medio de María Santísima.

De otro peligro peor me había también librado María Santísima por el estilo del casto José. Hallándome en Barcelona, iba alguna que otra vez a visitar a un compatriota mío. Con nadie de la casa hablaba sino con él, que al llegar me dirigía a su cuarto y con él únicamente me entendía; pero me veían siempre al entrar y salir. Yo entonces era jovencito, y si bien es verdad que yo mismo me ganaba el vestido, me gustaba vestir, no diré con lujo, pero sí con bastante elegancia, quizá demasiada. ¿Quién sabe si el Señor me pedirá cuenta de esto en el día del juicio? Un día fui a la misma casa y pregunté por el compatriota. La dueña de la casa, que era una señora joven, me dijo que lo esperase, que estaba para llegar. Me esperé un poco, y luego conocí la pasión de aquella señora, que se manifestó con palabras y acciones, y yo, habiendo invocado a María Santísima y forcejeando con todas mis fuerzas, escapé de entre sus brazos, me salí corriendo de la casa y nunca jamás quise volver, sin decir a nadie lo que me había ocurrido, a fin de no perjudicar su honor ⁸⁰.

A sus 21 años ya era seminarista externo en Vic. Dice: *Me confesaba y comulgaba cada semana, y, después de algún tiempo, el Director me hacía confesar dos veces y comulgar cuatro en todas las semanas. Cada día servía la misa al señor mayordomo Don Fortunato Bres. Cada día tenía media hora de oración mental, visitaba al Santísimo Sacramento en las Cuarenta Horas, y también visitaba la imagen de María Santísima del Rosario en la iglesia de los PP. dominicos de la misma ciudad, por más que lloviera. Y, aunque las calles estuviesen llenas de nieve, nunca omití las visitas del Santísimo Sacramento y de la Virgen María... Con estas prácticas de devoción me volvía a enfervorizar, sin*

⁸⁰ A (Autobiografía) 57-65

aflojar en el estudio, al que me aplicaba cuanto podía, dirigiéndolo siempre con la más pura y recta intención que podía ⁸¹.

Estando ya en segundo de filosofía, tuvo una gravísima tentación contra la pureza. Lo refiere así: *En invierno tuve un resfriado o catarro; me mandaron guardar cama; obedecí. Y un día de aquellos, que me hallaba en cama, a las diez y media de la mañana, experimenté una tentación muy terrible. Acudía a María Santísima, invocaba al ángel santo de mi guarda, rogaba a los santos de mi nombre y de mi especial devoción, me esforzaba en fijar mi atención en objetos indiferentes para distraerme y así desvanecerme y olvidar la tentación, me signaba la frente a fin de que el Señor me librara de malos pensamientos. Pero todo en vano.*

Finalmente, me volví del otro lado de la cama para ver si así se desvanecía la tentación, cuando he aquí que se me presenta María Santísima, hermosísima y graciosísima; su vestido era carmesí, el manto, azul, y entre sus brazos vi una guirnalda muy grande de rosas hermosísimas. Yo en Barcelona había visto rosas artificiales y naturales muy hermosas, pero no eran como éstas. ¡Oh qué hermoso era todo! Al mismo tiempo que yo estaba en la cama, y en ese momento boca arriba, me veía yo mismo como un niño blanco hermosísimo, arrodillado y con las manos juntas; pero no perdía de vista a la Virgen Santísima, en quien tenía fijos mis ojos, y me acuerdo bien que tuve este pensamiento: “Es mujer y no te da ningún mal pensamiento; antes bien, te los ha quitado todos”. La Santísima Virgen me dirigió la palabra y me dijo: “Antonio, esta corona será tuya, si vences”. Yo estaba tan preocupado que no acertaba a decirle ni una palabra. Y vi que la Santísima Virgen me ponía en la cabeza la corona de rosas que tenía en la mano derecha.

Vi, además, un grupo de santos que estaba a mi mano derecha en ademán de orar; no les conocí; sólo uno me pareció san Esteban (patrono de Sallent). Yo creí entonces, y aun ahora estoy en esto, que aquellos santos eran mis patronos, que rogaban e intercedían por mí para que no cayera en la tentación. Después, a mi mano izquierda, vi una grande muchedumbre de demonios que se pusieron formados como los soldados que se repliegan y forman después que han dado una batalla, y yo me decía: “¡Qué multitud y qué formidables!”. Durante todo esto yo estaba como sobrecogido, ni sabía lo que me pasaba, y tan pronto como esto pasó, me hallé libre de la tentación y con una alegría tan grande, que no sabía lo que por mí había pasado.

Yo sé de fijo que no dormía, ni padecía vahidos de cabeza, ni otra cosa que me pudiese producir una ilusión semejante. Lo que me hizo creer que fue

⁸¹ A 86-87.

*una realidad y una especial gracia de la Virgen María es que en el mismo instante quedé libre de la tentación y por muchos años estuve sin ninguna tentación contra la castidad y, si después ha venido alguna, ha sido tan insignificante, que ni merece el nombre de tentación. ¡Gloria a María! ¡Victoria de María!*⁸².

Con motivo de la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción, envió una carta pastoral a sus diocesanos de Santiago de Cuba. Y escribió un librito sobre este misterio. Precisamente, hablando de este librito, el padre José Carmelo Sala y Viñes certifica que *estaba un día comiendo con él y se quedó extasiado. Levantó los ojos, como mirando a alguna persona que le hablaba, asomando a sus labios una sonrisa. Vuelto en sí, continuó comiendo y, luego, al acompañarle a su habitación, como yo era entonces su confesor, me dijo: “La Santísima Virgen me ha dicho que estaba bien el librito que he escrito sobre el misterio de su Inmaculada Concepción”*⁸³.

*En otra oportunidad, durante la comida, se leía la vida de Nuestra Señora, escrita por la venerable Madre Ágreda. Se leyó el capítulo en que la escritora refiere que la Santísima Virgen conservaba en su virginal pecho, incorruptas, las especies eucarísticas de una a otra comunión, gozando así continuamente la presencia de su divino hijo sacramentado. Concluida la comida y acompañándole a su cuarto, me dijo que la Santísima Virgen le había alcanzado una gracia igual*⁸⁴.

La Virgen María le encomendó la propagación del rezo del rosario. Y él declara: *El día nueve de octubre de 1858, a las cuatro de la madrugada, la Santísima Virgen María me repitió lo que ya me tenía dicho otras veces: “Yo debía de ser el Domingo (refiriéndose a Santo Domingo de Guzmán, el promotor del rosario) de estos tiempos en la propagación del rosario*⁸⁵.

El padre Francisco de Paula certifica que, siendo arzobispo de Cuba, mandó que se rezase el rosario en todas las parroquias de la diócesis y que en un sermón, dirigiéndose a la Virgen, dijo: *Yo no soy el arzobispo, tú eres la arzobispa de mi diócesis*⁸⁶.

En su báculo pastoral tenía esculpida la imagen de la Virgen⁸⁷. Un hecho curioso y sobrenatural lo cuenta el padre José Carmelo Sala y Viñes: *Al*

⁸² A 95-98.

⁸³ Proceso de Tarragona, incluido en el Vic, p. 182.

⁸⁴ Ib. pp. 82-83.

⁸⁵ A 677.

⁸⁶ Proceso informativo de Vic, p. 128.

⁸⁷ Proceso, pp. 133-134.

*cicatrizársele la herida de la mano derecha (producida en el atentado de Holguín) se le formó una imagen de la Santísima Virgen que le duró un tiempo considerable*⁸⁸.

El mismo santo lo certifica en su Autobiografía: *La cicatriz del brazo derecho quedó como una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, de medio cuerpo, y, además del relieve tenía colores blanco y morado*⁸⁹.

*La noche Navidad de 1864 fue a celebrar la misa al colegio de las Madres adoratrices del Santísimo Sacramento de Madrid a medianoche. Algo especial pasó en su alma. Al día siguiente, el capellán de las religiosas le preguntó: “¿Qué tal ha pasado la noche monseñor?”. Y respondió: “La Virgen me ha puesto entre los brazos al Niño Jesús”. ¡Qué bello era!*⁹⁰.

Él nos refiere algunos casos de conversiones por intercesión de María: *Una mujer de 64 años se vino a confesar conmigo, que en toda su vida no se había confesado más que dos veces. La primera vez que se confesó tenía diez años, y la segunda 20, en que se casó. A los tres años de casada se marchó de su marido; desde muy niña siempre fue muy mala, pero después de casada fue peor, fue escandalosísima; estuvo en diferentes reinos, y en todas partes fue malísima. Finalmente volvió a Madrid, su patria, y le vinieron ganas de confesarse, pues ya hacía 44 años que no se había confesado, y aún las dos veces que antes se había confesado, no lo había hecho bien.*

Yo, al oír su larga y malísima vida y al verla tan compungida y deseosa de emprender una vida penitente, le pregunté si había tenido alguna devoción. Y me contestó que, no obstante su mala vida, cada día había rezado siete padrenuestros y siete avemarias a la Santísima Virgen del Carmen, que desde muy pequeña había oído decir que era cosa buena rezarle. El mes de noviembre de 1864 se confesó, y siempre más siguió muy bien, y no dudo que conseguirá la gloria.

En este mismo año (1865) se ha convertido una mujer muy mala, que había hecho toda especie de pecados. Se ha convertido por la oración “¡Oh Virgen y Madre de Dios!”, que decimos después del sermón; no obstante su mala vida, todos los días la rezaba, y finalmente la Virgen Santísima le ha tocado el corazón y ha hecho una buena confesión general; jamás se había confesado bien. Con reserva diré que había hecho toda suerte de pecados; singularmente de torpeza había pecado muchísimo consigo misma, con mujeres, con hombres

⁸⁸ Proceso de Tarragona, incluido en el Vic, p. 83.

⁸⁹ A 580.

⁹⁰ Fernández-Lorente, *San Antonio María Claret*, Roma, 1950. p. 273.

solteros, viudos y casados, con su mismo padre, con su mismo hijo, con animales y de todas maneras; había envenenado a su marido, había intentado suicidarse muchas veces y nunca pudo acabarse de matar; por más que lo procuraba, quedaba semimuerta y la curaban. Había llamado al demonio muchas veces y se había entregado a él para que se la llevara, etc.; y por esta pequeña devoción que rezaba a María todos los días, el Señor la preservó y la ha convertido ⁹¹.

El padre Antonio Barjau atestigua: *Estando predicando el siervo de Dios en la iglesia del hospital de Monserrat de Madrid, se presentó al portero un caballero que necesitaba con urgencia al siervo de Dios, y contestándole que estaba predicando y que después del sermón podría verle, dijo que iba a oírle. Efectivamente, fue a la iglesia en los momentos en que el siervo de Dios decía estas o semejantes frases: “Admiráis el entusiasmo con que hablo de las glorias de mi madre María Santísima. ¿Cómo no ha de ser así, si durante mi vida me ha sacado de muchos males y, aun ahora mismo, me está librando de un gran peligro que me amenaza? Concluido el sermón, fue a verle el caballero y, postrándose a sus pies, pidió confesión general y manifestó que su misión era asesinarle con un puñal, pues pertenecía a una logia de carbonarios y le había tocado en suerte el asesinarle* ⁹².

SANTA CATALINA LABOURÉ (1806-1876)

Refiere: *Vino luego la fiesta de san Vicente donde, la víspera, nos hizo nuestra buena Madre Marta una plática sobre la devoción de los santos, en particular sobre la devoción a la santísima Virgen, lo que me dio (tan gran) deseo de ver a la santísima Virgen, que me acosté con el pensamiento de que aquella misma noche vería a mi buena Madre. ¡Hacía tanto tiempo que deseaba verla!... Al cabo me dormí. Como se nos había dado un trozo de tela de un roquete de san Vicente, yo corté la mitad, me la tragué y me dormí, pensando que san Vicente me obtendría la gracia de ver a la santísima Virgen.*

Por fin, a las once y media de la noche (del 18 de julio de 1830) oí que me llamaban por mi nombre: “¡Hermana mía, hermana mía, hermana mía!”. Despertándome, miré hacia el lado en que oía la voz, que era el lado del pasillo. Descorro la cortina y veo un niño, vestido de blanco, como de cuatro a cinco años, que me dice: “Ven a la capilla, la santísima Virgen te espera”. En seguida me asaltó la idea: “¡Pero me van a oír!” El niño me responde: “No te preocupes son las once y media, todo el mundo duerme bien; ven, yo te espero”.

⁹¹ A 828 y 830.

⁹² Proceso informativo de Vic, pp. 154-155.

Me vestí aprisa y me dirigí hacia el niño que permanecía de pie, sin separarse de la columna de mi lecho. Me siguió, o mejor, le seguí yo a él siempre a mi izquierda, por donde quiera que él iba. Estaban encendidas las luces en todos los sitios por donde íbamos, lo cual me admiró mucho; pero, bastante más sorprendida, al entrar en la capilla, se abrió la puerta apenas la hubo tocado el niño con la punta del dedo. Pero mi sorpresa fue todavía más completa cuando vi encendidas todas las velas y cirios, lo que me recordaba la misa de media noche. Sin embargo, yo no veía a la Virgen.

El niño me llevó al presbiterio al lado del sillón destinado al padre Director, y allí me puse de rodillas; el niño quedó de pie todo el tiempo. Pareciéndome largo el tiempo, miraba por si las guardias (las hermanas encargadas de velar por la noche) pasaban por la tribuna.

Llegó, al fin, la hora. El niño me avisó. Me dijo: “He aquí la Virgen. Aquí está”. Oí como un rumor, como el roce de un vestido de seda, que venía del lado de la tribuna del lado del cuadro de san José, y venía a colocarse (la Virgen) sobre las gradas del altar del lado del Evangelio en un sillón parecido al de santa Ana; sólo que la Virgen no tenía la misma cara que santa Ana. (Alude al cuadro de santa Ana que se ve aún encima de la puerta de la sacristía).

Yo dudaba que fuese la santa Virgen, pero el niño, que estaba allí, me dijo: “Mira la Virgen”. Me sería imposible decir lo que experimenté en aquel instante, lo que pasó dentro de mí, me parecía que no veía a la santa Virgen. Entonces el niño me habló, no como niño, sino como hombre, el más enérgico, y palabras las más enérgicas. Entonces, mirando a la Virgen, me puse de un salto a su lado, de rodillas sobre las gradas del altar, con las manos apoyadas en las rodillas de la santísima Virgen.

Allí pasé unos momentos los más dulces de mi vida. Me sería imposible decir lo que sentí. Ella me dijo cómo debía portarme con mi director, y otras cosas que no debo decir; la manera de portarme en mis penas, y acudir (mostrándome con la mano izquierda el sagrario) a arrojarme al pie del altar y desahogar allí mi corazón, y allí recibiría todos los consuelos de que tuviese necesidad... Le pregunté por lo que significaban todas las cosas que yo había visto, y ella me lo explicó todo...

Estuve allí no sé cuánto tiempo. Lo único que sé, cuando ella se marchó, que sólo vi algo que se extinguía; en fin, sólo una sombra que se dirigía al lado de la tribuna por el mismo camino por donde había venido.

Me levanté de las gradas del altar y vi al niño donde lo había dejado, el cual me dijo: “Se fue”. Tomamos el mismo camino, todo iluminado y

constantemente iba el niño a mi izquierda. Creo que este niño era el ángel de mi guarda, que se había hecho visible para hacerme ver a la santísima Virgen, porque yo le había rezado mucho para que él me obtuviese este favor. Estaba vestido de blanco, llevando una luz milagrosa consigo, es decir, estaba resplandeciente de luz, de unos cuatro a cinco años de edad. Vuelta a mi lecho, eran las dos de la madrugada. Oí dar la hora y no me volví a dormir.

Ella escribió que le dijo la Virgen María: Hija mía, Dios quiere confiarte una misión; te costará trabajo, pero lo vencerás pensando que lo haces para la gloria de Dios. Tú conocerás cuán bueno es Dios. Tendrás que sufrir hasta que se lo digas a tu director. No te faltarán contradicciones, pero te asistirá la gracia; no temas. Háblale con confianza y sencillez, ten confianza, no temas. Verás ciertas cosas, díselas. Recibirás inspiraciones en la oración.

Los tiempos son muy calamitosos. Han de llover males sobre Francia, será volcado el trono, el mundo entero será afligido por desdichas de todas clases (la santísima Virgen estaba muy triste al decir esto), pero ven a los pies de este altar, donde se prodigarán gracias a todos los que las pidan con confianza y fervor, a todos, grandes y pequeños.

Hija mía, deseo conceder mis gracias en particular a esta Comunidad, a la que amo mucho. Tengo pena, hay en ella grandes almas, pero no se observa la Regla; deja que desear la regularidad; en las dos Comunidades hay gran relajación; dile al que está encargado de ti, aunque no sea el Superior, que él debe hacer todo lo posible para poner la Regla en vigor; dile de mi parte que vigile sobre las malas lecturas, la pérdida de tiempo y las visitas ⁹³.

Recordemos que María le mandó hacer acuñar una medalla llamada ahora *medalla milagrosa* por tantos milagros que Dios ha hecho a quienes la llevaron con devoción.

SANTA GEMA GALGANI (1878-1903)

María es la madre querida a quien Gema amaba con todo su corazón y que se le aparecía frecuentemente para consolarla y darle fortaleza ante el sufrimiento. Dice ella: *Al perder a mi madre, me entregué por completo a la Madre del cielo. Y ¡qué bien se ha portado siempre conmigo esta mamá celestial! ¿Qué hubiera sido de mí sin ella?* ⁹⁴.

⁹³ Estas son las palabras mismas que sor Catalina Labouré escribió sobre la aparición de la Virgen en la noche del 18 al 19 de julio de 1830.

⁹⁴ Germán de san Estanislao, *Vida de santa Gema Galgani*, Ed. Litúrgica española, Barcelona, 1949, p. 196.

En su Diario escribe: *Mi queridísima Madre María Santísima Dolorosa ha querido hacerme una breve visita (no me acordaba que era sábado, el sábado es cuando acostumbra a dejarse ver por mí). Estaba muy afligida. Me parecía que lloraba. La llamé muchas veces con el dulce nombre de madre. No me respondía, pero cuando oía decir “Mamá” sonreía. Se lo repetí muchas veces, todas las que pude. Y ella siempre sonreía. Por fin, me dijo: “Gema, ¿quieres venir a reposar un poco en mi seno?”. Intenté levantarme, arrodillarme y acercarme a Ella. Ella también se levantó, me besó en la frente y desapareció* ⁹⁵.

Otro sábado en que de nuevo se le apareció, dice: *Ella me miraba muy fijamente, sonreía y se acercó para acariciarme... Estaba junto a mi cama tan bella que no me cansaba de contemplarla. Mientras hablábamos, Ella me tenía cogida de la mano* ⁹⁶.

Otro día dice: *Me encontré con la Madre Dolorosa. ¡Qué momentos tan felices! ¡Qué gusto da pronunciar el nombre de mamá! ¡Qué dulzura sintió mi corazón en aquellos instantes! Soy incapaz de explicarlo. Me pareció, tras unos momentos de emoción, que me tomó en su regazo y me hizo descansar la cabeza en su hombro, manteniéndome así durante un rato. Mi corazón en aquel momento rebosaba dicha y felicidad. De vez en cuando me preguntaba:*

- *¿Me amas sólo a mí?*
- *Oh, no, antes que a ti amo a otra persona.*
- *¿Quién es?, preguntaba, aparentando no saberlo.*
- *Es una persona muy querida para mí por encima de todo. La amo tanto que daría la vida en este mismo instante por Él.*
- *Pero dime ¿quién es?*
- *Si hubieras venido el otro día lo hubieras visto conmigo. Él viene raramente a verme. Yo, sin embargo, lo visito todos los días.*
- *Y ¿quién es?*
- *No, no te lo digo. Si vieses, mamá mía, se parece a ti por la hermosura. Sus cabellos tienen el color de los tuyos.*
- *Y acariciándome me dijo:*
- *Hija mía, ¿de quién estás hablando?*
- *¿No me entiendes? ¡Hablo de Jesús! ¡De Jesús!*
- *Me miró sonriendo y me estrechó fuertemente. Y me dijo:*
- *Ámalo a Él solamente, ámalo mucho* ⁹⁷.

⁹⁵ Diario del 21 de julio de 1900.

⁹⁶ Diario del 4 de agosto de 1900.

⁹⁷ Diario del 1 de setiembre de 1900.

El 15 de agosto de 1900 María le dio una gracia extraordinaria que algunos llaman raptó místico. Se le apareció y le dijo: *“Hija, cuando vuelva al cielo ahora por la mañana, llevaré conmigo tu corazón”*. En aquel momento, *sentí como que se me acercaba... Me lo quitó, lo tomó en sus manos y me dijo: “No temas por nada, sé buena, yo tendré tu corazón siempre allá arriba conmigo, siempre en estas mis manos”*. Me bendijo de prisa y, al irse, pronunció aún estas palabras: *“Me has dado el corazón, pero Jesús quiere aún otra cosa”*. *¿Qué cosa?, le dije. Tu voluntad, respondió, y desapareció*⁹⁸.

A este respecto, le dice al padre Germán: *¿Se acuerda que le dije que mi corazón lo había tomado la Madre? Lo tiene siempre y yo he tomado también el suyo, el de Serafina (señora Josefina Imperiali) y el de la Madre María Josefa y los he puesto a todos juntos y se los he dado a mi Madre, que los ha unido al suyo y me ha prometido que los unirá al mismo de Jesús*⁹⁹.

El gran día de la impresión de las llagas (8 de junio de 1899) se le apareció la Virgen con su ángel custodio. *María le dijo: “Hija, en nombre de Jesús, te sean perdonados todos tus pecados”*. Luego añadió: *“Mi hijo Jesús te ama mucho y quiere hacerte una gracia muy grande. ¿Sabrás hacerte digna de ella? Yo seré para ti madre. ¿Sabrás tú mostrarte como verdadera hija?”*. *Extendió su manto y me cubrió con él. En ese instante, apareció Jesús con todas las llagas abiertas... Creí morir y habría caído en tierra, si la mamá celestial no me hubiera sostenido, teniéndome siempre cubierta con su manto. Después, mi mamá me besó en la frente, desapareció todo y me hallé de rodillas en tierra, pero seguí sintiendo un dolor fuerte en las manos, pies y costado*¹⁰⁰.

Otro día, *mi Madre celestial me miraba y, sonriendo, me dijo: “Querida hija, ¡cuánto me gustan tus alabanzas!... Me tomó en brazos y creí morir. Sí, morir por tanta dulzura. ¡Cuántas caricias! ¡Cuánto me quiere!*¹⁰¹.

VENERABLE ÁNGELES SORAZU (1873-1921)

Nos dice: *A veces ardía mi alma en el amor a la Santísima Virgen y en el celo de su gloria y, como chiflada, recorría el convento muchas noches invitando a las alabanzas marianas a toda la creación y con ella buscaba a la Señora entre los mortales como los Reyes magos al Niño Dios, diciendo: “¿Dónde está la Madre y Reina de mi corazón? Mirad que viene al mundo para repartir entre los mortales los tesoros divinos que Dios ha depositado en sus manos. Vámonos,*

⁹⁸ Diario del 15 de agosto de 1900.

⁹⁹ Carta al padre Germán del 11 de octubre de 1900.

¹⁰⁰ Autobiografía, pp. 261-262.

¹⁰¹ Carta al padre Germán del 12 de setiembre de 1902.

salgamos a su encuentro cantando y brincando, pues Ella es nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestro todo, porque por Ella será Dios todo nuestro". Cuando así buscaba a la Virgen, parecíame que los ángeles me acompañaban con instrumentos musicales, violines, etc., y me ayudaban con sus inefables notas a ensalzar a la Señora ¹⁰².

Hacia el mes de agosto de 1894, acrecentáronse mis ansias de poseer a la Virgen Santísima como patrimonio o propiedad mía. Con estas ansias comulgaba espiritualmente a la Señora en forma parecida a las comuniones espirituales que se hacen por Jesús. Un día en que me sentía más inflamada del amor de la Virgen y ansiaba con más ardor su posesión, me sentí favorecida con su presencia, y vi cómo los miembros y sentidos consagrados a su servicio estaban como santificados y le pertenecían.

Al mismo tiempo comencé a sentir visiblemente la presencia de la Virgen en el fondo de mi ser... Corría a besar las imágenes de la Virgen que había en el convento, singularmente las que representaban a la Señora con su hijo en los brazos, y le pedía que me lo entregase, pues quería poseerle y que fuese todo mío como yo lo era de Dios. ¿Cuándo, Madre mía, le decía, lo conquistaré y, subyugado, vencido de mi amor, se me entregará sin reservas, todo, todo, para que lo posea? ¿Es que temes que lo voy a tratar mal y por eso no me lo entregas? ¿Es que Dios no me ama como yo le amo y por eso no quiere venir a mí ni otorga tu súplica? Porque yo creo que quieres y pides que venga a mí. Mándale por obediencia que se rinda y se entregue a mí, ya que dicen los santos que como Madre tienes autoridad sobre Él. Haz valer tus derechos, que ya verás cómo te obedece.

La Virgen me insinuaba que vería cumplidos mis anhelos mejor de lo que yo pensaba y pedía; pero que tuviera paciencia y no quisiera apresurar la hora, porque Dios merece ser deseado con infinito ardor e infinitos siglos: que lo amara y deseara ¹⁰³.

Y decía: A la Santísima Virgen debo los favores que he recibido de mi Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pues fue ella mi guía y la que me enseñó a servir y amar a mi Dios. Jamás lo olvidaré ¹⁰⁴.

¹⁰² Autobiografía 243.

¹⁰³ Autobiografía 150-152.

¹⁰⁴ Carta al padre Mariano de Vega del 25 de abril de 1912.

SOR JOSEFA MENÉNDEZ (1890-1923)

Un día se le apareció la Virgen con el Niño Jesús y dice Josefa: *Le he pedido permiso para besarle al Niño los pies. Ella me lo ha concedido y, mientras los besaba, la manita del Niño me acariciaba con suavidad indecible. Después he besado la mano de la Virgen*¹⁰⁵.

*Un día la Virgen se le aparece más hermosa que nunca. Su rostro y su túnica resplandecen con suavísima luz plateada. Viene a anunciarle la llegada al cielo de un alma por quien había pedido a Josefa muchos días de oración y sufrimiento*¹⁰⁶.

El 4 de diciembre de 1921 el demonio la arroja brutalmente de su lecho y la azota sin piedad. Esto sucede en las dos noches siguientes. Ella dice: *No sabiendo qué hacer, me puse de rodillas junto a la cama. De repente, escuché como un rechinar de dientes y gritos de rabia y vi delante de mí a la Virgen, hermosa como siempre. Me dijo: “No temas, hija mía, yo estoy aquí. Te puede atormentar, pero no te puede dañar. Está furioso, porque las almas se le escapan. ¡Valen tanto las almas! No puedes comprender el valor que tiene un alma”. Le besé la mano y se fue*¹⁰⁷.

El día 16 de julio de 1922, en el momento de la toma de hábito y del pronunciamiento de sus votos de pobreza, castidad y obediencia, nos dice: *Después del sermón, me acerqué a recibir el crucifijo y el velo negro y, según empezaba a ponérmelo, vi venir a la Virgen, muy hermosa, con un vestido muy brillante de luz. Traía en las manos un velo y, cuando yo me arrodillé otra vez en el reclinatorio, me lo colocó sobre mi cabeza. En seguida se empezó a formar a su alrededor un arco de cabezas muy pequeñitas y alegres, como de niños con unos ojos muy bonitos y caritas iluminadas y con una dulzura que yo no puedo explicar. La Virgen me dijo: “Hija mía, mientras tú sufrías, estas almas tejían este velo para ti y todas las que tú deseabas han salido del purgatorio y están en el cielo por toda la eternidad. Ahora son tus protectoras”*¹⁰⁸.

PADRE EDUARDO LAMY (1878-1931)

Declaró: *La santísima Virgen se me apareció por primera vez como está en la Inmaculada Concepción. Era poco antes de mi primera comunión, que hice a los once años y medio... Cuando cuidaba las vacas, hacía capillitas de arcilla,*

¹⁰⁵ Menéndez Josefa, *Un llamamiento al amor*, Ed. Edibesa, 1998, p. 316.

¹⁰⁶ Ib. p. 146.

¹⁰⁷ Ib. p. 190.

¹⁰⁸ Ib. pp. 241-242.

escalones y un altar con la imagen de la Virgen... Tenía una imagen de la Virgen de la buena esperanza y hacía pequeñas procesiones entre los árboles de la alameda. Cantaba letanías y ella se me presentó un día entre las ramas de los álamos casi en la cima, a gran altura, con la cabeza agachada, mirándome. Se quedó allí todo el tiempo de las letanías. Al terminar las letanías, la santísima Virgen se elevó un poco por encima de las ramas y desapareció.

Primero creí que era un espejismo, como a veces ocurre en las cercanías del agua o en los cerros. Desconfiaba. Seguí con las letanías durante la aparición, como si nada pasara. Me dije: “¡Sí que le gusta a esta buena Señora quedarse allá arriba en los álamos!”. Después de esto, me senté a los pies de un álamo, recé el rosario y me quedé dormido. La santísima Virgen cuidó muy bien mis vacas, que encontré a mi alrededor al despertarme. Ninguna se había alejado. Sin embargo, me emocioné bastante. Dije: “¡Ah!, señor párroco, vi una cosa rara. Vi a una persona encima de los álamos. Creo que era la santísima Virgen. Estaba haciendo una procesión...” — “¿Solo?” — “Sí, solo y tenía esta imagen de la Virgen de Sous-Terre”. Mi párroco contestó: “¿Qué podría hacer ella contigo?”. El párroco me llamó la atención, pero en mi interior conservé este recuerdo. Ella misma me lo recordó. En Gray, ella me dijo: “Me viste en el Pré-Jacquot”.

Los álamos ya no están, los cortaron, y la misma pradera se volvió un bosque. El álamo donde apareció la santísima Virgen estaba casi a la orilla del bosque actual. Era a fines de mayo, y la santísima Virgen estaba mirando hacia Le Pailly ¹⁰⁹.

Otro día, la santísima Virgen me explicó toda mi infancia. Me dijo que, sin ella, me hubiese matado cien veces, cuando daba volteretas en el peral. El peral está en la huerta de mis padres, del otro lado de la calle frente a la casa, ahí donde está la granja. Ella me había salvado la vida cuando tenía fiebre tifoidea. Ni el médico, ni mi madre sabían de la enfermedad, que fue curada en un día con agua hervida y pan tostado. Luego me habló del incendio de nuestra casa. Me dijo quién la había incendiado. Eso dejó a mi familia en una gran miseria. Ya estaban preparando mi ropa para que fuera al Seminario menor, tenía diecinueve años, y tuve que postergarlo. Pude ir recién después del servicio militar...

Sobre su pecho aparecía un rosario con los padrenuestros y avemarías, cuyas cuentas parecían perlas blancas. Estaba puesto en forma de corazón. Por debajo, como si hubiese una pequeña llaga abierta en el lugar del corazón,

¹⁰⁹ Biver Paul, Padre Eduardo Lamy, *Evangelizando periferias*, Ed. du Serviteur, Santa Fe (Argentina), 2014, pp. 40-41.

salían a cada instante, una llama roja y otra verde, que subían y marcaban su respiración, y este detalle me impresionó vivamente y me llenó de gratitud. El rosario es el símbolo de la fe; la llama roja, era la caridad; la llama verde, la esperanza. La llama subía y se apagaba, subía y se apagaba. Entendí que la oración en unión con la santísima Virgen tenía gran poder sobre el Corazón de Dios. “No necesito sino pedir, dijo ella. Escucho la oración humilde y confiada de los pequeños”. Al mostrarme ese rosario sobre su corazón, la santísima Virgen quiso mostrar cuánto le agrada el rezo del rosario. Nos unimos con los ángeles para rezarlo. Lo decimos con toda la Iglesia y con todos los santos ¹¹⁰.

La santísima Virgen vino el 18 de mayo de 1912 con san Luciano (patrono de la Iglesia) y unos santos que yo había conocido, con algunos de ellos había vivido, y los había conocido durante varios años.

La santísima Virgen, que vela sobre mí, ¡es tan buena y tan atenta! Pero no deja pasar nada. Como mi sacristán ya no era ni tan joven ni tan ágil, yo mismo hacía la limpieza de mi iglesia, con un delantal azul alrededor de la cintura, limpiando todo, lustrando los candelabros llenos de manchas, vestido no pobremente, sino sucio, con un viejo birrete.

Eran más o menos las cinco de la tarde. Había ido a llevar mis cuentas del trimestre al arzobispado. Estaba atrasado. Había estado con el padre Dupin, y había hablado un cuarto de hora con él. La iglesia estaba muy sucia; hacía falta barrerla. Habíamos tenido las primeras comuniones el domingo, la misa de acción de gracias y la Ascensión. Iba a apoyarme en un pequeño armonio, para rezar un avemaría. El santo arcángel me dijo: “¡Tenga cuidado! Va a rezar en presencia de la Virgen María”. Acababa de ver unos viejos diarios tirados en el suelo y había empezado a levantarlos. Unos muchachos los habían dejado allí, y yo me decía: “¡Son insoportables!”. Estaba de rodillas recogiendo los papeles. La santísima Virgen estaba allí, en medio de los santos. Ella les dijo: “¡Mírenlo bien, aquí está, es él!”. Me puse colorado. No sabía dónde meterme, quería meterme bajo tierra. Saqué mi birrete; pero para quitarme el delantal, yo tiraba de los cordones y cuanto más tiraba, más apretaba. Hay una especie de atracción cuando Ella está. Yo me daba cuenta de que estaba impresentable. “¡Vean, está todo colorado!”, dijo Ella a los santos, viendo cómo luchaba. Pero me quiso mostrar que no le ofendía verme con un trapo sucio.

Ella es buena, muy buena, pero le gusta que lo que se tiene que hacer, se haga. Ella corrige maternalmente. Si yo hubiese limpiado una hora antes, ella no hubiera visto eso, ya que me había puesto mi viejo birrete y mi viejo delantal para limpiar. Lo que ella hizo en la tierra debió estar bien hecho.

¹¹⁰ Ib. pp. 110-111.

Su mirada se detuvo sobre las manchas de cera, el agua de los floreros y el fondo de los floreros, y sobre la tierra que se había volcado de las macetas con flores que estaban en los escalones. Quise sacar mi delantal, pero en vano intenté soltar los cordones: ésa fue mi gran preocupación en presencia de la santísima Virgen. No entré en la capilla, me quedé arrodillado, apoyado contra la reja, con las manos todavía ocupadas: yo trataba de sacarlo. No me demoré. Sin embargo, conversé con la santísima Virgen. Lo que me decía, me interesaba. Lo que yo le decía, quizás le interesaba, o tuvo la bondad de hacer como si así fuera. Cuando uno conversa con una persona, se interesa más en lo que dice que en lo que hace.

Primero ella estaba entre el sagrario y su imagen. El cortejo alrededor de la santísima Virgen formaba un semicírculo. San Luciano (patrono de La Courneuve) estaba a su izquierda, delante del cuadro que representaba el Corazón Inmaculado de María. San Luciano llevaba las vestimentas rojas de los mártires, y algo blanco aquí (sobre el pecho). Parecía un hombre mayor, con las mejillas hundidas. Tenía el aspecto de un anciano muy austero. Había por lo menos unos sesenta ángeles en el resto de la capilla ¹¹¹.

En 1913 ó 1914, un domingo durante el verano antes de las Vísperas, en la iglesia de La Courneuve, sentí a la Virgen durante el rezo del rosario y tuve la impresión de que estaba en el lugar del sacerdote en el presbiterio. Los chicos ese día habían rezado el rosario con un poco más de atención... Me dijo: “Mis ángeles en el cielo cantan un cántico con la melodía que acabo de escuchar...”. En el cielo los ángeles repitieron la melodía sin la letra. Desde ese día cantamos ese cántico todos los domingos en La Courneuve. Ese canto lo aprendí de niño en mi pueblo de Le Pailly, pero ya no lo suelen cantar ¹¹².

Otra vez, la Virgen María, mostrándome un rosario sobre su pecho, quiso manifestarme cuánto le agrada la oración del rosario. Nosotros nos unimos a los ángeles y a los santos y a toda la Iglesia. Con el rosario rezamos por los pecadores y decimos: “Corazón Inmaculado de María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros” ¹¹³.

El 25 de enero de 1914, había ido (a Le Pailly) por motivo de la casa. Quería restaurar la otra o construir ésta. Tuve que ponerme de acuerdo con mi familia y los constructores. Durante el día mi sobrino me dice: “Se vende el bosque Guyotte”. Cuando me enteré de los planes, me ofrecí para comprar los

¹¹¹ Ib. pp. 117-119.

¹¹² Ib. pp. 124-125.

¹¹³ Apuntes (páginas manuscritas en francés por el conde Paul Biver), p. 84.

números ocho y uno. Así obtuve la casucha. La santísima Virgen me dio la suma, pero por intermediarios. La Providencia se sirve de estos pequeños medios. Una señora me dio mil quinientos francos, otra señora mil; otras dieron sumas más pequeñas, diez francos, monedas de cinco francos. En fin, eso se arregló, pagué y después de todo no gasté nada. ¡Me las hubiera visto mal si gastaba! Me hubiera gustado que fuese sobre la montaña, más cerca de Le Pailly, ¡pero la santísima Virgen había elegido estas casitas! ¡Hay que aceptar la elección de la Madre de Dios! La santísima Virgen pide que en ese bosque haya pureza, silencio y oración. Ella desea almas vírgenes, que vengan a pedirle la pureza. Ella me dijo: “Me volveré el consuelo de las almas”.

La Virgen quiere distribuir ahí gracias espirituales y temporales. En los primeros días de abril de 1914, oí a los santos ángeles, diciendo: “Dentro de poco, él va a llevar al bosque la imagen de nuestra Reina. Hay que preparar un hermoso día”. Cuando hubo que llevar la imagen donde la Virgen la quería, la envolví en papel de seda y con un papel grueso, y la até fuertemente alrededor. El 20 de abril, tomé el tren. Me esperaban mi cuñado y mi sobrino, que me llevaron a casa. Puse la Virgen sobre mi cama. Después de almorzar, con un tiempo espléndido, cálido y soleado, nos fuimos en carruaje. Subo al asientito con la santísima Virgen sobre mis rodillas. No la dejé en todo el día. Paramos en la iglesia de Le Pailly. En Violot, le digo a mi sobrino que nos conduzca al bosque Guyotte, que no había vuelto a ver desde hacía cuarenta años... Paramos. Bajo con la Virgen. Me adelanto. Veo el sendero y empiezo a subir hacia la casa del bosque. Dejo mi sombrero y mi bastón al pie de un roble; agarro mi cuchillo para cortar el hilo y desatar el paquete. Corté y, de golpe, los hilos se desatan, desenredándose solos.

El papel se abre, la santísima Virgen se muestra totalmente despejada. Tomo la imagen y le doy a mi sobrino los papeles y los hilos para que los queme. La Virgen se ilumina nuevamente. En ese momento, aparece una procesión de santos de los pueblos cercanos. Yo conocía a muchos y podía nombrar a varios que había conocido en mi infancia, cuando todavía vivían, pero no a todos. Estaban a tres o cuatro metros del suelo, las mujeres y las viudas de negro, con una cofia negra; las vírgenes con un traje blanco, trajes de procesión y cofias blancas. Los niños estaban de blanco y los muchachos de marrón como los hombres. Para los hombres, el vestido llegaba a los pies. Todos estaban descalzos, hombres y mujeres. Estaban repartidos en dos grupos, cada cual de un lado; eran como cien. Los santos pasaban a través de las ramas sin que éstas se moviesen. Estaban con la edad y el aspecto que tenían en el momento de su muerte, o, más exactamente, digamos que se me aparecieron cada uno tal como en la época de su muerte. Mi padre, vestido de marrón, un poco como los Redentoristas, con el cuello cerrado. Mi madre había sido enterrada con un gorro blanco; pero estaba con un gorro negro. Mi abuelo, Pedro Lamy, se había

casado con Ana Miot, ella también estaba allí, en la procesión de los santos. En cuanto a las glorias, (su grado de amor y santidad) eran muy diferentes.

No es fácil explicar: la gloria de la santísima Virgen sobrepasaba la de los santos, pero cada santo tenía su gloria particular. Los santos subían en silencio, los santos de un lado, las santas del otro, igual los chicos, y yo rezaba el rosario. Mientras subíamos, miraba a la cara de algunos santos que conocía bien. Había algunos que tenían la gloria chiquita. Incluso algunos por los cuales yo dudaba (que estuviesen en el cielo), tenían su gloria particular. Durante la subida del cerrito, oigo a los santos que dicen: “Él nos va a despachar”. Me paro sobre una piedra ancha, en medio del camino, subo a la piedra y con la imagen, trazo la señal de la cruz sobre Francia en dirección de París. Entonces, la imagen, de golpe, deja de ser luminosa y ya no veo más a los santos. Todo desaparece ¹¹⁴.

El 9 de septiembre de 1909 fui a Gray como todos los años. El párroco de Violot estaba conmigo. Me dieron unos lindos ornamentos que habían sacado para un prelado que debía venir y no vino. Empecé la misa. La Virgen santísima se me apareció de repente y, al mismo tiempo, vi al demonio. La santísima Virgen bajó de la bóveda, sentada dentro de un círculo de gloria y de luz. Bajaba despacio, muy despacio. Ella estaba en el centro, dentro de una gran luz. Su gloria, penetraba todo: las velas, el cáliz, el altar, los ornamentos y yo mismo. Era como el sol cuando penetra en un vaso de agua. Bajaba con la manos juntas y sonrió un poco antes de hablar ¹¹⁵.

Un día dijo el padre Lamy: Una mujer poco creyente había hecho un regalo a la Virgen: había colocado unos candelabros... A esta mujer yo la vi morir con la pena de no haber practicado la fe, absorbida por tantas preocupaciones de la vida diaria. Después de darle la unción de los enfermos y la indulgencia plenaria, le dije: “Os doy a besar la imagen de la Virgen”, y ella, abrazando la imagen, repetía: “¡Oh, sí, la imagen de la Virgen!” ¹¹⁶.

¡Con qué sencillez y afecto los ángeles rodean a la Virgen María! Dios le ha dado miles y miles de ángeles. Ella los conoce a todos por su nombre. Ellos la conocen bajo el nombre de Reina. Cada uno de ellos tiene una fisonomía personal, pero todos son muy hermosos. Los ángeles la llaman Reina con un tono muy respetuoso. Y, cuando ella se dirige al arcángel, le dice simplemente “Gabriel” con un tono muy maternal. Ella mira a los ángeles con una mirada dulce y maternal ¹¹⁷.

¹¹⁴ Biver Paul, o.c., pp. 128-131.

¹¹⁵ Ib. pp. 102-103.

¹¹⁶ Apuntes, p. 775.

¹¹⁷ Biver Paul, o.c., p. 152.

Cuando uno ve el respeto de los ángeles por Dios y por la santísima Virgen, uno piensa en sí mismo, con qué respeto el arcángel Gabriel le dice a la santísima Virgen: “Reina” y se inclina ¹¹⁸.

SAN ANDRÉS BESSETTE (1845-1937)

El padre Felipe Laurette anota: *He visto muchas veces al hermano Andrés con su rosario en la mano y recitarlo en los momentos libres. Muchas personas han declarado que, en sus viajes, en tren o en automóvil, rezaba el rosario y hacía lo mismo cuando se hospedaba en casa de alguna familia. La señora Boulet, su hermana carnal, también me aseguró que, cuando iba a su casa, rezaba el rosario. El señor Wilfrid Bessette, su pariente, también manifestó que rezaba el rosario en compañía de su familia* ¹¹⁹.

El padre Labonté indica: *El hermano Andrés tenía una imagen de la Virgen María en su habitación. Esta imagen representaba a la misma Virgen que él había visto en la enfermería durante una enfermedad. Yo tengo la impresión de que pasó algo extraordinario con relación a esta imagen, pero no sabría precisar más* ¹²⁰.

Moisés Robert ratifica: *Cuando viajábamos en coche, nos hacía rezar el rosario y repetir la invocación: “Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos”. Y recomendaba a los enfermos rezar el rosario* ¹²¹.

La fórmula bien conocida de: *A Jesús por María*, él la completaba diciendo: *A Jesús por María y José*. Él consideraba a san José como el gran proveedor de la iglesia.

SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)

Nos dice: *El día de la Asunción de la Santísima Virgen de 1934 no fui a la santa misa. La doctora no me lo permitió, pero oré con fervor en la celda. Poco después vi a la Virgen que era de una belleza indescriptible y me dijo: “Hija mía, exijo de ti oración, oración y, una vez más, oración por el mundo, y especialmente por tu patria. Durante nueve días recibe la santa comunión*

¹¹⁸ Ib. p. 203.

¹¹⁹ Sum (Sumario) pp. 702-703.

¹²⁰ Sum pp. 154-155.

¹²¹ Sum p. 739.

reparadora, únete estrechamente al sacrificio de la santa misa. Durante estos nueve días estarás delante de Dios como una ofrenda, en todas partes, continuamente, en cada lugar y en cada momento, de día y de noche, cada vez que te despiertes, ruega interiormente. Es posible orar interiormente sin cesar¹²².

El 2 de febrero de 1936 vi a la Santísima Virgen con el Niño Jesús y al santo anciano (san José) que estaba detrás de Nuestra Señora. La Santísima Virgen me dijo: “Aquí tienes el tesoro más precioso”. Y me dio al Niño Jesús. Cuando tomé al Niño Jesús en brazos, la Virgen y san José desaparecieron y me quedé sola con el Niñito Jesús ¹²³.

El 29 de noviembre de 1936, la Virgen me enseñó cómo debo prepararme para la fiesta de la Navidad. La he visto hoy sin el Niño Jesús. Me ha dicho: “Hija mía, procura ser mansa y humilde para que Jesús, que vive continuamente en tu corazón, pueda descansar. Adóralo en tu corazón, no salgas de tu interior. Te obtendré, hija mía, la gracia de este tipo de vida interior que, sin abandonar tu interior, cumplas por fuera todos tus deberes con mayor aplicación ¹²⁴.

En la solemnidad a la Inmaculada Concepción (de 1937), antes de la comunión, he visto a la Santísima Madre de una belleza inconcebible; sonriéndome me dijo: “Hija mía, por mandato de Dios, he de ser tu madre de modo exclusivo y especial. Deseo, amadísima hija mía, que te ejercites en tres virtudes que son mis preferidas y que son las más agradables a Dios: la primera es la humildad, humildad y, todavía una vez más, humildad. La segunda virtud es la pureza; la tercera es el amor a Dios. Siendo mi hija, tienes que resplandecer en estas virtudes de modo especial” ¹²⁵.

Un día, vi a la Santísima Virgen con una túnica blanca, ceñida de un cinturón de oro y unas pequeñas estrellas, también de oro, en todo el vestido y las mangas a triángulo guarnecidas de oro. Tenía un manto de color de zafiro, puesto ligeramente sobre los hombros, en la cabeza tenía un velo liviano transparente, el cabello suelto, arreglado espléndidamente y una corona de oro que terminaba en pequeñas cruces. En el brazo izquierdo tenía al Niño Jesús. Nunca antes había visto a la Santísima Virgen bajo este aspecto. Luego me miró con ternura y dijo: “Soy la Madre de los sacerdotes”. Después puso a Jesús en el suelo, levantó la mano derecha hacia el cielo, y dijo: “Oh Dios, bendice a Polonia, bendice a los sacerdotes”. Y otra vez se dirigió a mí: “Cuenta a los sacerdotes lo que has visto”. Decidí decirlo al padre en la primera ocasión ¹²⁶.

¹²² D (Diario) 325.

¹²³ D 608.

¹²⁴ D 785.

¹²⁵ D 1414-1415.

¹²⁶ D 1585.

Un caso interesante de salvación por María lo cuenta el padre Sopocho. Asegura: *El día posterior a la muerte del mariscal polaco Pilsudski, el 12 de mayo de 1935, me contó la sierva de Dios que lo vio en el juicio divino. El juicio era muy severo, pero por intercesión de la Virgen María, el juicio tuvo un final feliz*¹²⁷.

EDUVIGES CARBONI (1880-1952)

Ella misma escribe en su Diario que, desde que tenía cinco años, rezaba ante un cuadro de la Virgen que había en casa de la abuela paterna. Le pedía a la Virgen que le prestara al Niño Jesús para jugar con Él y muchas veces se lo concedía¹²⁸.

A lo largo de su vida, la Virgen María se le apareció muchísimas veces, aconsejándole siempre que amara mucho a Jesús y que ofreciera sus sufrimientos por la salvación de los pecadores, rezando el rosario.

Escribe en el Diario: *Se me apareció la Virgen con lágrimas en los ojos. Yo me acerqué y le dije: “¿Por qué lloras?”. “Lloro, porque no puedo aplacar la ira de mi Hijo, indignado contra el género humano. Si los hombres no hacen penitencia, la guerra no terminará y se derramará mucha sangre.*

*Hija mía, las modas inmodestas y escandalosas y la deshonestidad han encolerizado a Dios y no puedo aplacar a mi Hijo. Rezad y haced penitencia, recitad el rosario con frecuencia. Es un arma poderosa y única para atraer las bendiciones del cielo”*¹²⁹.

En enero de 1942 anota: *Después de la comunión quedé en éxtasis. Vi a la Virgen con un cesto entre las manos, lleno de rosarios blancos y de otros colores. La Virgen tomaba los rosarios y los daba a las almas que se encontraban presentes para rezar. De cada una de aquellas cuentas del rosario bajaba una especie de agua olorosa. Eran millares de rosarios y los distribuyó todos. Después, volviéndose a las almas, les dijo: “Hijos e hijas, vosotros con estos rosarios podréis apagar el fuego esparcido en casi todo el mundo. Esta es el arma más poderosa. El hombre no puede encontrar otra arma más poderosa. Y, dicho esto, desapareció toda resplandeciente”*¹³⁰.

¹²⁷ Sumario de la positio, p. 95.

¹²⁸ Diario de abril de 1950, p. 471.

¹²⁹ Diario de marzo de 1942, p. 441.

¹³⁰ Diario, p. 434.

Otro día escribe: *Después de la comunión, vi un ángel que llevaba lirios y rosas bellísimas. Me dijo: “Si vosotros todos los días recitáis el rosario con fe y atención, yo formaré de las avemarías, rosas; y de los padrenuestros, lirios. Y todos los uniré para hacer una bellísima corona que os regalaré en el paraíso. Por eso, en este mes de mayo recitad frecuentemente el rosario”* ¹³¹.

Y sigue escribiendo: *Un día, después de la comunión, me encontré en un prado y, sobre un trono, vi a María Auxiliadora cubierta con un gran manto. En la llanura había una borrasca tormentosa de viento y fuego. De pronto, se presentó san Juan Bosco que corría en medio de la borrasca y llamaba a hombres y mujeres a que se salvaran, poniéndose bajo el manto de María Auxiliadora. Muchos millares corrieron a salvarse bajo el manto de María..., pero otros millares no quisieron entrar y se reían, burlándose de los que entraban bajo el manto.*

Don Bosco, en medio de la borrasca y del terrible fuego, se subió a una mesa y comenzó a predicar exponiéndoles el gran peligro que corrían y les decía: “Van a perecer por su culpa, vengan bajo la protección de la Madre celeste”. Pero ellos, duros de corazón e indiferentes a sus palabras, permanecieron sordos a las palabras del santo. Y yo vi que el fuego los cercó sin poder salvarse, tratando de huir del peligro. Me parecía que no había sido una visión, pues parecía estar despierta con todo los sentidos y, aún hoy, cuando me acuerdo, tiemblo del espanto, viendo almas tan duras que prefirieron abrasarse antes de obedecer a la voz de salvación de don Bosco. Pero todos los que estaban bajo el manto de María estaban seguros ¹³².

Una vez, mientras rezaba, me quedé en éxtasis. Me encontré en un bello jardín donde vi un gran trono. Sobre él estaba la Virgen vestida de blanco con un manto celeste que le cubría los pies. Tenía el rosario entre las manos y a su alrededor había bellísimas jóvenes, todas vestidas de blanco, que resplandecían como el sol. Todas ellas cantaban alabanzas al Señor. Un poco más lejos, había otras jóvenes vestidas de blanco también, pero eran menos resplandecientes. Entre ellas reconocí a Marietina, muerta en mayo de 1942.

Yo le pregunté a un alto personaje por qué había tanta diferencia entre unas y otras. Y respondió: Las jóvenes que están junto a la Virgen son las almas que en el mundo han hecho voto de virginidad y han sufrido mucho con enfermedades, desprecios y persecuciones. Las otras más lejanas son almas buenas que han sufrido en el mundo, pero mucho menos que las primeras.

¹³¹ Diario de mayo de 1943, p. 450.

¹³² Diario, p. 451.

Ambas gozan y son queridas del Señor, pero las segundas tienen menos gloria, porque han sufrido menos ¹³³.

SOR MÓNICA DE JESÚS (1889-1964)

La Virgen María aparece frecuentemente en la vida de sor Mónica. Con ella actuaba con toda confianza como una hija con su mamá.

Dice la Madre Margarita Bustamante: *A finales de 1963 hice la visita general al convento de Baeza y conviví con sor Mónica. Me destinaron a una celda junto a la suya y, al enseñarme sor Mónica su celda, lo primero que vi en ella fue una estatuilla de la Virgen de Lourdes que la tenía en su mesita y, acercándome, le digo: “Oh, la Virgen de Lourdes, ésta es mi Virgen, pues me curó siendo pequeña”. Al oír esto, sor Mónica me dijo: “Ya que quiere tanto a la Virgen, va a tenerla en su celda mientras esté aquí”. Y ella misma me la llevó a la celda.*

Al día siguiente, le pregunté: “¿Qué es lo que ha pasado esta noche?”. Ella se echó a reír y me dijo: “Mire, cuando terminamos de hacer la hora santa mi hermano mayor y yo, vinieron los otros hermanos mayores. Mi hermano mayor fue a su celda y cogió la virgencita de Lourdes y la trajo a nuestra celda. Entonces todos juntos comenzamos a cantar a la Virgen con gran fervor, pero ellos armaban una algarabía tan grande que yo no hacía más que decirles: Cállense, que se va a despertar la Madre y no va a poder dormir”... Y ella se quedó convencida de que yo estaba enterada de todo ¹³⁴.

Ella le cuenta a su director: *El día 12 vino la madre de Jesús y le di una crucecita como la de usted. Se la colgué al cuello con un pedacito de hilo y se la llevó. Me dijo que amara mucho a su divino Hijo, que Él también me quería mucho a mí. Me preguntó, si yo quería a Jesús, aunque Él no me amara. Yo le dije que sí que, aunque Él no me amara, yo le amaría mucho... Y me dijo: “No te abandonaré nunca, eres mi hija y te quiero como a una hija”. Así estuvimos hablando bastante rato y se marchó* ¹³⁵.

El día de la Natividad de María (de 1915) a eso de las tres de la mañana vino la Santísima Virgen, muy pequeñita. Yo creía que era una niña, aunque en mi interior se me revelaba como si estuviese con Jesús. Me preguntó si la quería. Yo le dije, al instante, que la quería mucho... Me acordé del trompo

¹³³ Diario de 1942, p. 441.

¹³⁴ Documenta de la Positio super virtutibus, p. 210.

¹³⁵ Carta del 24 de octubre de 1916.

que yo tenía y se lo di y lo tomó al momento. Me dijo que era la madre de Jesús y que, aunque no merecía ser amada como Jesús, debía amarla mucho y confiar mucho en ella. Y se marchó ¹³⁶.

El día ocho de setiembre (de 1920), muy temprano en la madrugada, vinieron muchos hermanos mayores. Entre todos traían una cuna muy primorosa con María Santísima muy pequeñita, pero primorosísima de verdad. Todos cogían la cuna y todos cantaban al mismo tiempo. Las ropas de la cuna eran tan blancas que parecían una nube, cuando le da el sol al mediodía. Ya llevaban un ratito de estar conmigo y, de pronto, con una rapidez sin igual, mi ángel extendió sus alas tapando toda la cuna y dijo: “Agua bendita”. Esto lo dijo con mucha gracia. Yo no sabía nada, pero después pregunté a sor Ángeles si había ido a nuestra celda y me dijo que sí, que había echado agua bendita por tres veces. La regañé y ella lo sintió. Después la destapó el ángel a María. Por donde yo la miraba no la tapó y yo la veía. Le pedí mucho por todos y, en particular, por usted. Al poco rato, todos se marcharon ¹³⁷.

Ayer, día del nacimiento de la madre de Jesús (de 1925), vinieron los siete hermanos mayores y muchos más con la Santísima Virgen, muy pequeñita en una cunita. ¡Qué blancura! Como jamás he visto. Estaba primorosísima, y los ángeles cantaban a porfía la Salve en latín y en castellano, el Ave maris stella y otras muchas cosas. Daba gloria oírlos y verlos alegres a todos. Yo en todo los acompañaba, porque tenía mucha alegría. También yo misma le puse la medalla al cuello. Verdaderamente parecía muy negra en tanta blancura. La Virgen la agradeció. También le tenía una coronita que sor Ángeles me hizo de nardos y jazmines que echaban un olor muy suave, y también la agradeció. Esta coronita se la pusieron los ángeles ¹³⁸.

El 7 de setiembre (víspera del nacimiento de María) le dije al ángel que no tenía nada que regalarle a la madre de Jesús. Y me dijo: “Yo te regalaré a ti misma. ¿Será buen regalo?”. Yo le dije: “¡Cosa más mala! ¿No se merece acaso nuestra querida madre un regalo bueno?”. Yo casi me disgusté, pero él, risa que risa y así nos quedamos. En la madrugada me dijo: “Vamos, que ya te voy a regalar”. Sería hacia la una de la mañana y perdí el conocimiento, yo no sé por dónde me llevó, lo cierto es que me encontré en una habitación, digo habitación, pero no sé si era, porque no se veía pared alguna. Estaba toda ella llena de hermanos mayores. Me pasó por todos hasta que llegamos a donde estaban santa Ana con María Santísima y dijo el ángel: “Aquí les presento este don, que queriendo ella regalar algo, no tenía qué y, por eso, les presento a ella

¹³⁶ Carta del 15 de setiembre de 1915.

¹³⁷ Carta del 19 de setiembre de 1920.

¹³⁸ Carta del 9 de setiembre de 1925.

*misma". Yo no podía hablar. Entonces, todo se volvió amor y nada más, pero ¡qué rato pasé! No lo sé explicar, ni decir. Después me pasó por delante de todos los ángeles que se quedaban mirando, y, cuando yo me di cuenta, estaba ya en la tierra hacia las cuatro y media de la mañana. ¡Cuánto me quiere el ángel! Yo también lo quiero mucho. Después de Jesús y de la madre de Jesús, lo quiero a él*¹³⁹.

SAN PÍO DE PIETRELCINA (1887-1968)

Declara el padre Alessio Parente: *En los últimos años de su vida el padre Pío se hacía lavar la cara por mí o por el padre Honorato. Una tarde le dije: "Padre, yo no he estado nunca en Lourdes, ¿por qué no vamos juntos a ver a la Virgen? Y me respondió: "No es necesario que vaya, porque a la Virgen la veo todas las noches". Yo entonces le sonreí diciendo: "Ah, ¿por esto es que se pone guapo y se lava la cara por la tarde y no por la mañana?". Y él no respondió, pero sonrió*¹⁴⁰.

El doctor Kisvardy estaba una vez en la celda del padre Pío para que le firmara unos cheques. Se fue la luz y quedaron en la oscuridad. El doctor quería ir a buscar una vela, pero el padre Pío le dijo: *¿Adónde vas? No es necesaria una vela. ¡Hay tanta luz en la celda! ¿No ves a la Virgen sentada en aquella silla? El doctor le dijo que él veía todo oscuro y nada más*¹⁴¹.

A sus hijos espirituales les enseñaba a amar a María y saludarla en sus imágenes, diciéndoles: *"Te saludo, oh María, saluda de mi parte a Jesús"... En sus cartas solía comenzar diciendo: "Jesús y María sean siempre con vosotros y con todos los que los aman con puro corazón". "Que Jesús y María te conforten y te ayuden". "Quisiera volar para decir a todas las criaturas que amen a Jesús y María". "Que Jesús y María reinen en tu corazón y en tu familia". "Que Jesús y María estén siempre con vosotros y os liberen de todo mal y os consuelen en todas vuestras aflicciones"*¹⁴².

En su habitación tenía una imagen grande de la Virgen que colgaba de la pared a los pies de su cama y, mirándola, se dormía como un niño que espera el beso de su madre antes de dormir¹⁴³.

¹³⁹ Carta del 23 de septiembre de 1919.

¹⁴⁰ Positio II, p. 205.

¹⁴¹ Positio II, p. 1195.

¹⁴² Positio II, p. 523.

¹⁴³ Positio II, p. 1534.

Según el padre Rosario da Aliminusa, el padre Pío era la personificación de la oración. Era un hombre de oración permanente. En los pasillos del convento siempre estaba con el rosario en la mano y por las noches, en que casi no dormía, las pasaba también rezando el rosario ¹⁴⁴.

Afirma el padre Tarsicio Zullo que una vez le preguntó al padre Pío cuántos rosarios rezaba cada día y le dijo: *Si las cosas van mal, unos 30 rosarios*¹⁴⁵.

Dos días antes de morir, a quien le pedía que le dijera algo, respondía: *Amen a la Virgen y háganla amar. Reciten el rosario y recítenlo siempre y recítenlo cuanto más puedan* ¹⁴⁶.

Una tarde, al ir a acostarse, no encontraba su rosario para rezarlo durante las horas de descanso. Entonces le pidió ayuda al padre Honorato, diciéndole: *Dame el arma* ¹⁴⁷.

En una oportunidad lo visitó el obispo monseñor Pablo Corta con un oficial del ejército. El obispo le pidió, bromeando, un billete de entrada al paraíso para el militar. Y el padre Pío, sonriente, le dijo: *Sí, sí, para entrar al paraíso es preciso contar con el billete de acceso a María Santísima*. Le alargó un rosario y le dijo: *Este es el billete para entrar en el paraíso, rézalo*.

El padre Eusebio Notte manifestó: *Una vez en que me encontraba en su celda con otros hermanos, sonó la campana para ir a rezar el rosario. Los otros hermanos fueron, pero yo me quedé. Me preguntó por qué no iba y le respondí que aquel día me sentía dispensado, porque había rezado tres rosarios. Y él me dijo: “Yo he rezado cuarenta y, si pudiera caminar, iría”* ¹⁴⁸.

Cuando por parte de algunos católicos, e incluso sacerdotes, se ponían en duda algunos privilegios de la Virgen como su virginidad, su inmaculada concepción o su misión mediadora, el padre Pío sufría de verdad y expresaba su opinión de modo fuerte y rudo ¹⁴⁹.

Cuatro días antes de su muerte le regalaron un arreglo floral por el 50 aniversario de sus llagas. Tomó una rosa y se la entregó a un hijo espiritual con el encargo de llevarla a la Virgen de Pompeya. Aquella rosa, a diferencia de otras,

¹⁴⁴ Positio I/1, p. 572.

¹⁴⁵ Positio II, p. 624.

¹⁴⁶ Positio III/1, p. 849.

¹⁴⁷ Positio II, p. 519.

¹⁴⁸ Positio I/2, p. 1401.

¹⁴⁹ Positio I/2, p. 1406.

no se marchitó. El 23 de septiembre, día de su muerte, el prelado del santuario, monseñor Aurelio Signora, viéndola fresca y perfumada, la colocó entre los recuerdos más queridos del santuario ¹⁵⁰.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ (1902-1975)

Amaba con locura a la Virgen y refiere: *Esta mañana volví mis pasos, hecho un chiquitín para saludar a la Señora, en su imagen de la calle de Atocha, en lo alto de la casa que allí tiene la Congregación de San Felipe. Me había olvidado de saludarla: ¿qué niño pierde la ocasión de decir a su madre que la quiere? Señora, que nunca sea yo un ex-niño* ¹⁵¹.

En los primeros años de la Obra, cuando recorría las calles de Madrid, casi siempre a pie, tenía por costumbre saludar con el corazón a las imágenes de la Santísima Virgen que descubría a lo largo de sus itinerarios. Una vez —era una imagen colocada sobre la fachada de una casa—, la Virgen le sonrió: es lo que necesitaba entonces, comentaría con sencillez y humildad impresionante ¹⁵².

Me aconsejó una devoción que vivía: besar con cariño la frente de una imagen de nuestra Madre del cielo y con piedad de hijo decirle: “ven conmigo” ¹⁵³.

Solía recoger las estampas de la Virgen que encontraba por la calle para quemarlas en casa. Pero un día encontró tirada a la puerta de una escuela del Patronato una estampa de la Virgen Inmaculada manchada de barro y la recogió con el presentimiento de que se trataba de una ofensa, de una hoja de catecismo arrancada por odio. Dice: “Por eso, no quemaré la pobre imagen, un mal grabado, en un mal papel y roto, la guardaré, la pondré en un buen marco, cuando tenga dinero y ¿quién me dice que no se le dará culto de amor y desagravio con el tiempo a la Virgen del Catecismo?” ¹⁵⁴.

Un suceso muy agradable le sucedió el 20 de abril de 1932. Manifiesta: *Esta mañana me vestí y comencé la meditación. Pues bien, entre seis y media y siete menos cuarto, vi durante bastante tiempo cómo el rostro de mi “Virgen de los besos” se llenaba de alegría, de gozo. Me fijé bien: creí que sonreía, porque me hacía ese efecto, pero no se movían los labios. Muy tranquilo, le he dicho a*

¹⁵⁰ Positio II, p. 521.

¹⁵¹ Apuntes (Apuntes íntimos) 446.

¹⁵² Echevarría Javier, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Ed. Rialp, Madrid, 2000, p. 186.

¹⁵³ Echevarría Javier, o.c., p. 253.

¹⁵⁴ Apuntes 883.

mi Madre muchos piropos... Mi Señora Santa María... ha hecho un mimo a su niño ¹⁵⁵.

El 30 de agosto de 1934, acompañado de Juan Vargas y Ricardo Vallespín, celebró la misa en el Cerro de los Ángeles, cercano a Madrid. Y escribe: *Después de la misa, en la acción de gracias, sin llevarlo preparado de antemano, se me ocurrió consagrar la Obra a la Santísima Virgen. Lo creo impulso de Dios. Pienso que hoy, así sencillamente, ha comenzado una nueva etapa para la Obra de Dios* ¹⁵⁶.

Decía: *A la Santísima Virgen ¡nunca la amaremos bastante! ¡Quiérela mucho! Que no te baste colocar imágenes suyas y saludarlas y decir jaculatorias, sino que sepas ofrecer algún pequeño sacrificio cada día para manifestarle tu amor* ¹⁵⁷.

MARTA ROBIN (1902-1981)

Esta gran mística francesa describió así a María en 1942: *Su rostro es de una belleza incomparable. No se pueden describir sus rasgos, porque son perfectos. Es dulcemente luminosa. Uno no piensa en ponerse de rodillas sino en volar hacia ella y arrojarse en sus brazos. Se sienten deseos de decirle: “Mamá querida, nosotros tus hijos sabemos bien que nos amas”. Muchas veces la he visto y he sido tocada por ella. En cuanto a la manera de verla es diferente según los casos. A veces aparece como joven o anciana, con alegría o con dolor. En algunas ocasiones me ha levantado hacia ella con sus propias manos.*

Durante la Pasión, la Virgen viene a ayudarme, especialmente durante los ataques del demonio. Cuando ella aparece, él no tiene poder sobre ella... ¡Yo la amo tanto! Ella es mi estrella y mi morada. Yo vivo en su luz, oculta en el asilo inexpugnable de su Corazón inmaculado ¹⁵⁸.

En marzo de 1969 el padre Ravanel reemplazó al padre Finet para dar un retiro a los inscritos en el Foyer de Châteauneuf. El padre Finet fue a ver a Marta a su casa y ella le dijo:

- *Buenas tardes, padre. Mamá (Virgen María) está allí, indicando la presencia especial de la Virgen.*
- *El padre Ravanel acaba de celebrar la misa y me va a reemplazar.*

¹⁵⁵ Apuntes 701.

¹⁵⁶ Apuntes 1199.

¹⁵⁷ Forja 527.

¹⁵⁸ Peyrous Bernard, *Vie de Marthe Robin*, Ed. de l'Emmanuel, Paris, 2006, pp. 195-196.

- *Ya lo sé, mamá me lo ha dicho.*

Y el padre Ravanel añade: *La Virgen había venido a rezar en la misa que yo celebré en la capilla de Foyer* ¹⁵⁹.

Marta amaba mucho a María y le rezaba todos los días el rosario como buena hija. Decía: *Para recitar el rosario empleo mucho tiempo. Comienzo a rezarlo y después de un tiempo me doy cuenta de que no he vivido más que un poco, por ejemplo de la Anunciación. Verdaderamente no sé cómo la gente lo hace tan aprisa. Seguramente que no tienen tiempo para pensar en lo que dicen. Yo rezo el rosario por el mundo entero* ¹⁶⁰.

Durante la guerra, Marta tomó la iniciativa de fundar el rezo del rosario perpetuo en la parroquia. Durante el invierno de 1939-1940 esta cruzada del rezo del rosario se hacía de día y de noche. El padre Finet escribió a los obispos de Francia para comunicarles esta iniciativa.

Y Marta escribió esta pequeña y emotiva consagración a María: *Te escojo hoy, oh María, en presencia de toda la corte celestial por Madre y Reina mía. Te entrego y te consagro, con toda sumisión y amor, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores y hasta el valor de mis buenas acciones, pasadas, presentes y futuras, dejándote entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo cuanto me pertenece sin excepción, según tu agrado, para mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad. Amén* ¹⁶¹.

BEATA MADRE ESPERANZA (1893-1983)

Su amor a la Virgen iba de la mano de su amor a Jesús Eucaristía. En muchos de sus viajes aprovechó para visitar los grandes santuarios marianos de El Pilar, Lourdes, Loreto, Pompeya, Covadonga, Aránzazu...

Su título preferido para llamar a la Virgen era María Mediadora. Le llamaba la Madre. Éste era el significado de la gran estatua de mármol colocada delante de las piscinas en Collevaenza: era la Madre. Y quería que se proclamase el dogma de la mediación universal de María.

¹⁵⁹ Ravanel Jacques, *Le secret de Marthe Robin*, Ed. Presses de la renaissance, París, 2008, p. 162.

¹⁶⁰ Peyret Raymond, *Marthe Robin, L'offrande d'une vie*, p. 152.

¹⁶¹ Escoulen Daniel, *Si le grain de blé ne meurt*, Ed. Desclée de Brouwer, 1996, p. 203.

En su Testamento escribió: *A la santísima Virgen dejo encomendados todos mis hijos e hijas y mis dos amadas Congregaciones y a todos los pobres acogidos en ellas* ¹⁶².

En diciembre de 1959 escribe: *Todo por amor. Madre mía, Vos que estáis continuamente con los brazos extendidos implorando de vuestro divino Hijo su misericordia y compasión para todo necesitado, alcanzadme de Él la gracia de que en el año 1960 triunfe en el mundo entero su amor y misericordia.* En diciembre de 1964 escribe: *Bendice, Jesús mío, tu grandioso santuario y haz que del mundo entero vengan siempre a visitarlo: quién a pedirle la salud de sus miembros destrozados por enfermedades raras, que la ciencia humana, no sabe cómo curarlas; quién a pedirte perdón de sus vicios y pecados, quién la salud de sus almas anegadas en el vicio y atormentadas sus mentes, pensando que no son dignos de recibir gracia alguna y menos el perdón de un Dios justo y severo... Haz, Jesús mío, que todos vean en ti la verdadera imagen del padre del hijo pródigo..., que vengan las almas del mundo entero, no solamente con el deseo de curar sus cuerpos, sino también a curar sus almas de la lepra del pecado mortal y habitual* ¹⁶³.

APARICIONES DE LOURDES Y FÁTIMA

a) APARICIONES DE LOURDES

Veamos lo que le escribió santa Bernardita al padre Gondrand en 1861: *Cierta día fui a la orilla del río Gave a recoger leña con otras dos niñas. En seguida oí como un ruido. Miré a la pradera, pero los árboles no se movían. Alcé entonces la cabeza hacia la gruta y vi a una mujer vestida de blanco, con un cinturón azul celeste y sobre cada uno de sus pies una rosa amarilla, del mismo color que las cuentas de su rosario.*

Creyendo engañarme, me restregué los ojos. Metí la mano en el bolsillo para buscar mi rosario. Quise hacer la señal de la cruz, pero fui incapaz de llevar la mano a la frente. Cuando la Señora hizo la señal de la cruz, lo intenté yo también y, aunque me temblaba la mano, conseguí hacerla. Comencé a rezar el rosario, mientras la Señora iba desgranando sus cuentas, aunque sin despegar los labios. Al acabar el rosario, la visión se desvaneció.

Pregunté entonces a las dos niñas si habían visto algo. Ellas lo negaron y me preguntaron si es que tenía que hacerles algún descubrimiento. Les dije que

¹⁶² Escritos varios, p. 578.

¹⁶³ Escritos varios, pp. 759-760.

había visto a una mujer vestida de blanco, pero que no sabía de quién se trataba. Les pedí que no lo contaran. Ellas me recomendaron que no volviese más por allí, a lo que me opuse. El domingo volví, pues sentía internamente que me impulsaban...

Aquella Señora no me habló hasta la tercera vez, y me preguntó si querría ir durante quince días. Le dije que sí, y ella añadió que debía avisar a los sacerdotes para que edificaran allí una capilla. Luego me ordenó que bebiera de la fuente. Como no veía ninguna fuente, me fui hacia el río Gave, pero ella me indicó que no hablaba de ese río, y señaló con el dedo la fuente. Me acerqué, y no hallé más que un poco de agua entre el barro. Metí la mano, y apenas podía sacar nada, por lo que comencé a escarbar y al final pude sacar algo de agua; por tres veces la arrojé y a la cuarta pude beber. Después desapareció la visión y yo me marché.

Volví a ir allá durante quince días. La Señora se me apareció como de costumbre, menos un lunes y un viernes. Siempre me decía que advirtiera a los sacerdotes que debían edificarle una capilla, me mandaba lavarme en la fuente y rogar por la conversión de los pecadores. Le pregunté varias veces quién era, a lo que me respondía con una leve sonrisa. Por fin, levantando los brazos y ojos al cielo, me dijo: “Yo soy la Inmaculada Concepción”¹⁶⁴.

b) APARICIONES DE FÁTIMA

Día 13 de mayo de 1917.

Estando jugando con Jacinta y Francisco, en lo alto de la pendiente de Cova de Iría, haciendo una pared alrededor de una mata, vimos de repente algo como un relámpago.

—Es mejor que nos vayamos a casa —dije a mis primos—, hay relámpagos; puede haber tormenta.

—Pues, sí.

Y comenzamos a bajar la cuesta, llevando las ovejas en dirección de la carretera. Al llegar poco más o menos a la mitad de la pendiente, muy cerca de una encina grande que allí había, vimos otro relámpago, y habiendo dado algunos pasos adelante, vimos sobre una encina una Señora, vestida toda de blanco, más brillante que el sol, esparciendo luz más clara e intensa que un vaso

¹⁶⁴ Carta al padre Gordan de 1861; *Les écrits de sainte Bernadette Soubirous*, Paris, 1961, pp. 53-59.

de cristal, lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente. Nos paramos sorprendidos por la Aparición. Estuvimos tan cerca que nos quedamos dentro de la luz que la cercaba o que Ella esparcía. Tal vez a metro y medio de distancia, más o menos. Entonces Nuestra Señora nos dijo:

—¡No tengáis miedo! No os hago mal.

—¿De dónde es Ud.? —le pregunté.

—Soy del cielo.

—¿Y qué es lo Vd. me quiere?

—Vengo a pedir os que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13, a esta misma hora. Después os diré quién soy y qué quiero. Después volveré aquí todavía una séptima vez.

—Y ¿yo también voy al cielo?

—Sí, vas.

—Y ¿Jacinta?

—También.

—Y ¿Francisco?

—También; pero tiene que rezar muchos rosarios.

Entonces me acordé de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco. Eran mis amigas y estaban en mi casa a aprender de tejedoras con mi hermana mayor.

—¿María de las Nieves ya está en el cielo?

—Sí, está. (Me parece que debía tener unos dieciséis años).

—Y ¿Amelia?

—Estará, en el purgatorio hasta el fin del mundo. (Me parece que debía de tener de dieciocho a veinte años.)

—¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

—Sí, queremos.

—Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra confortación.

Fue al pronunciar estas últimas palabras (la gracia de Dios, etc.) que abrió por primera vez las manos comunicándonos una luz tan intensa como reflejo que de ellas despedía, que nos penetraba en el pecho y en lo más íntimo del alma, haciéndonos ver a nosotros mismos en Dios que era esa luz, más claramente que nos vemos en el mejor de los espejos. Entonces por un impulso íntimo, caímos de rodillas y repetíamos íntimamente: “Oh Santísima Trinidad,

yo te adoro. Dios mío, Dios mío; yo te amo en el Santísimo Sacramento”. Pasados los primeros momentos, Nuestra Señora añadió:

—Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz en el mundo y el fin de la guerra.

En seguida comenzó a elevarse serenamente, subiendo en dirección al saliente, hasta desaparecer en la inmensidad de la distancia. La luz que la rodeaba iba como abriendo camino en la bóveda de los astros, motivo por el cual alguna vez decíamos que vimos abrirse el cielo.

Día 13 de junio de 1917.

Después de rezar el rosario con Jacinta y Francisco y más personas que estaban presentes, vimos de nuevo el reflejo de la luz que se aproximaba (y que llamábamos relámpago), y en seguida a Nuestra Señora sobre la encina, en todo igual que en mayo.

—Usted ¿qué me quiere?— pregunté.

—Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene; que recéis el rosario todos los días y que aprendáis a leer. Después diré lo que quiero.

Pedí la cura de un enfermo.

—Si se convierte se curará durante el año.

—Quería pedirle que nos llevase al cielo.

—Sí, a Jacinta y Francisco los llevaré en breve. Pero tú te quedas aquí para más tiempo. Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar. El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón.

—¿Me quedo aquí solita?

—No, hija ¿y tú sufres mucho? No te desanimes. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.

Fue en el momento en que dijo estas últimas palabras que abrió las manos y nos comunicó, por segunda vez, el reflejo de esa luz inmensa. En ella nos veíamos como sumergidos en Dios. Jacinta y Francisco parecían estar en la parte de la luz que se elevaba al cielo y yo en la que esparcía sobre la tierra.

Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora estaba un corazón cercado de espinas que parecían estar clavadas en él. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, que pedía reparación.

Día 13 de julio de 1917.

Momentos después de haber llegado a Cova de Iría, junto a la encina, entre numerosa multitud del pueblo, estando rezando el rosario, vimos el reflejo de la acostumbrada luz y enseguida a Nuestra Señora sobre la encina.

—Usted ¿qué me quiere?

—Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene; que continuéis rezando el rosario todos los días, en honor de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz de mundo y el fin de la guerra, porque sólo Ella lo puede conseguir.

—Quería pedirle que nos diga quién es; que haga un milagro para que todos crean que Ud. nos aparece.

—Continuad viniendo aquí todos los meses. En octubre diré quien soy y lo que quiero y haré un milagro que todos han de ver para creer.

Aquí hice algunas peticiones que no recuerdo bien cuales fueron. Lo que me acuerdo es que Nuestra Señora dijo que era preciso rezar el rosario para alcanzar las gracias durante el año y continuó:

—Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, en especial cuando hiciéreis algún sacrificio: “Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María”.

Al decir estas últimas palabras, abrió de nuevo las manos como en los meses pasados. El reflejo parecía penetrar en la tierra, y vimos como un mar de fuego: sumergidos en este fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas de las llamas que de las mismas salían juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todos los lados, semejante al caer las pavesas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación, que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debe haber sido a la vista de esto que di aquel “ay”, que dicen haberme oído.) Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones en brasa.

Asustados y como para pedir socorro, levantamos la vista hacia Nuestra Señora que nos dijo entre bondad y tristeza:

—Habéis visto el infierno, adonde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado

Corazón. Si hicieran lo que os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a terminar. Pero si no dejaran de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando viéreis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones de la Iglesia y del Santo Padre.

Vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe, etc... Esto no lo digáis a nadie A Francisco sí, se lo podéis decir.

—Cuando recéis el rosario decid después de cada misterio: ¡Oh Jesús mío, perdónanos, libranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, principalmente a las más necesitadas! Siguió un instante de silencio, y pregunté:

—Usted ¿no me quiere nada más?

—No. Hoy no te quiero nada más.

Y como de costumbre, comenzó a elevarse en dirección al saliente, hasta desaparecer en la inmensa distancia del firmamento.

El 13 de agosto de 1917.

Paso a la aparición a mi entender el día 15, al caer de la tarde. Como entonces aún no sabía los días del mes, puede ser que sea yo la que está equivocada, pero tengo la idea que fue el mismo día que llegamos de Vila Nova de Ourem. Andando con las ovejas en compañía de Francisco y de su hermano Juan, en un lugar llamado Valinhos, y sintiendo que alguna cosa sobrenatural se aproximaba y nos envolvía, sospechando que Nuestra Señora nos viniese a aparecer y teniendo pena que Jacinta se quedase sin verla, pedimos a su hermano Juan que la fuese a llamar. Como no quería, le ofrecí veinte centavos, y allá se fue corriendo.

Entretanto vi con Francisco, el reflejo de la luz que llamábamos relámpago, y habiendo llegado Jacinta, un instante después, vimos a Nuestra Señora sobre una encina.

—¿Qué es lo que Ud. me quiere?

—Quiero que sigáis yendo a Cova de Iría el día 13; que continuéis rezando el rosario todos los días. El último día haré un milagro para que todos crean.

—¿Qué es lo que Ud. quiere que se haga con el dinero que la gente deja en Cova de Iría?

—Que hagan dos andas: Una, llévala tú con Jacinta y dos niñas más, vestidas de blanco, y otra que la lleve Francisco y tres niños más. El dinero de las andas, es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario; lo que sobre es para ayuda de una capilla que deben hacer.

—Quería pedirle la cura de algunos enfermos.

—Sí, a algunos los curaré durante el año.

Y tomando un aspecto más serio dijo:

—Rezad, rezad mucho, y haced sacrificios por los pecadores que van muchas almas al infierno por no tener quien se sacrifique y pida por ellas. Y como de costumbre comenzó a elevarse en dirección al saliente.

Día 13 de septiembre de 1917.

Al aproximarse la hora fui allí con Jacinta y Francisco, entre numerosas personas que apenas nos dejaban andar. Las entradas estaban apiñadas de gente. Todos nos querían ver y hablar. Allí no había respetos humanos. Numerosas personas y hasta señoras y caballeros, consiguiendo romper por entre la multitud que alrededor nuestro se apiñaba, venían a postrarse de rodillas delante de nosotros, pidiendo que presentásemos a Nuestra Señora sus necesidades.

Otros, no consiguiendo llegar junto a nosotros, llamaban de lejos:

—¡Por amor de Dios! Pidan a Nuestra Señora que me cure a mi hijo imposibilitado; otro, que me cure el mío, que es ciego; otro, el mío que es sordo; que me traiga a mi marido; a mi hijo que está en la guerra; que me convierta a un pecador; que me dé salud que estoy tuberculoso, etc., etc.

Allí aparecían todas las miserias de la pobre humanidad, y algunos gritaban hasta de lo alto de los árboles y de las paredes adonde subían con el fin de vernos pasar. Diciendo a unos que sí y dando la mano a otros para ayudarles

a levantarse del polvo de la tierra, ahí íbamos andando, gracias a algunos caballeros que nos iban abriendo camino por entre la multitud.

Cuando ahora leo en el Nuevo Testamento esas escenas tan encantadoras del paso del Señor por Palestina, recuerdo éstas que tan niña todavía, el Señor me hizo presenciar en esos pobres caminos y carreteras de Aljustrel a Fátima y a Cova de Iría. Y doy gracias a Dios, ofreciéndole la fe de nuestro buen pueblo portugués. Y pienso: Si esta gente se humilla así delante de tres pobres niños, solo porque a ellos les es concedida misericordiosamente la gracia de hablar con la Madre de Dios, ¿qué no harían si viesan delante de sí al propio Jesucristo?

Bien, pero esto no pertenece aquí. Fue más bien una distracción de la pluma que se me escapó por donde yo no quería. ¡Paciencia! Una cosa inútil más, pero no la quito para no estropear el cuaderno.

Llegamos por fin a Cova de Iría, junto a la encina, y comenzamos a rezar el rosario con el pueblo. Poco después vimos el reflejo de la luz y en seguida a Nuestra Señora sobre la encina.

—Continuad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen y San José con el Niño Jesús para bendecir el mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda. Llevadla solo durante el día.

—Me han pedido para pedirle muchas cosas, la cura de algunos enfermos, de un sordomudo.

—Sí. A algunos los curaré, a otros no. En octubre haré el milagro para que todos crean.

Y comenzando a elevarse desapareció como de costumbre.

Día 13 de octubre de 1917.

Salimos de casa bastante temprano, contando con las demoras del camino. Había masas de gente. Una lluvia torrencial. Mi madre, temiendo que fuese aquel el último día de mi vida, con el corazón partido por la incertidumbre de lo que iba a suceder, quiso acompañarme. Por el camino las escenas del mes pasado, más numerosas y conmovedoras. Ni el lodo en los caminos impedía a esa gente arrodillarse en la actitud más humilde y suplicante. Llegados a Cova de Iría, junto a la encina, llevada por un movimiento interior, pedí a la gente que

cerrase los paraguas para rezar el rosario. Peco después vimos el reflejo de la luz y en seguida a Nuestra Señora sobre la encina.

—¿Qué es lo que Ud. me quiere?

—Quiero decirte que hagan aquí una capilla en honor mío; que soy la Señora del Rosario; que continúen siempre rezando el rosario todos los días. La guerra va a acabar, y los militares volverán en breve a sus casas.

—Tenía muchas cosas que pedirle: si curaba a algunos enfermos y si convertía a algunos pecadores, etc.

—A unos, sí; a otros, no. Es necesario que se enmienden; que pidan perdón de sus pecados; —y tomando un aspecto más triste—: No ofendan más a Dios Nuestro Señor que está ya muy ofendido.

Y abriendo las manos, las hizo reflejarse en el sol. Y mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz proyectándose en el sol.

Desaparecida Nuestra Señora en la inmensa distancia del firmamento, vimos al lado del sol a San José con el Niño, y a Nuestra Señora, vestida de blanco, con un manto azul. San José con el Niño parecían bendecir el mundo con unos gestos que hacían con la mano en forma de cruz. Poco después, desvanecida esta aparición, vimos al Señor y a Nuestra Señora que me daba la idea de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir el mundo, de la misma forma que San José. Se desvaneció esta aparición y me parecía ver todavía a Nuestra Señora en forma semejante a Nuestra Señora del Carmen ¹⁶⁵.

¹⁶⁵ Tomado del libro *Memorias de Lucía*, Ed. Sol de Fátima, Madrid, 1974, pp. 144-152.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente lo que nos dicen algunos santos sobre su amor a María, tomemos la decisión de amarla con todo nuestro corazón, sabiendo que ella como madre no nos fallará nunca y estará atenta a nuestras súplicas.

Para ello es recomendable, como aconsejan los santos, llevar el escapulario de la Virgen del Carmen, como signo de protección y de seguridad de salvación, si lo llevamos con fe. También es bueno llevar la medalla milagrosa, por medio de la cual tantos milagros ha hecho y sigue haciendo Dios por medio de María.

El consagrarnos a María y entregarle lo que somos y tenemos, que es como ponernos bajo su manto, es una de las mejores cosas que podemos hacer para estar asegurados contra las tentaciones y asechanzas del maligno. También nos recomienda mucho nuestra madre el rezo diario del rosario, como un arma poderosa contra Satanás. Debemos orar, no solo por nuestras necesidades, sino también por las necesidades de nuestra familia y de nuestra patria y del mundo entero.

Con María la salvación está asegurada. Por eso decía san Juan de Ávila (1500-1569): *Más quisiera estar sin pellejo que sin devoción a María.* San Juan Bosco afirmaba convencido en sus “Memorias”: *Si los hombres pudieran persuadirse del gran consuelo que, en el momento de la muerte, produce el haber sido devotos de la Virgen, todos buscarían modos nuevos de rendirle especiales honores. Será Ella, precisamente, la que con su Hijo en brazos constituirá contra el enemigo del alma nuestra auténtica defensa en la última hora. Ya puede el infierno entero declarararnos la guerra, con María al lado, el triunfo será nuestro. Tú sé siempre de los verdaderos devotos de María y añade a esto la frecuencia de los sacramentos de la confesión y la comunión.*

Que Jesús te bendiga por medio de María.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&&
Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org